

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

PREGUNTEN
A JOHNNY
ALMEIDA

*Kelltom
McIntire*



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

Los motores del bimotor Cessna runruneaban monótonamente.

A través de los cristales de la carlinga, el cielo aparecía brumoso. Había unas feas nubes a la derecha que presagiaban tormenta y de vez en cuando el aparato se balanceaba bruscamente, señal que el viento soplaba con fuerza.

Guss Erdelich, el piloto se volvió un momento en su puesto y me sonrió.

—No se preocupe, Frank —dijo—. Dentro de cuarenta y cinco minutos estaremos en Alamogordo.

Asentí con un ademán.

«Ojalá estuviéramos ya allí» pensé.



Kelltom McIntire

Pregunten a Johnny Almeida

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1612

ePub r1.0

Lds 07.02.19

Título original: *Pregunten a Johnny Almeida*

Kelltom McIntire, 1981

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Los motores del bimotor Cessna runruneaban monótonamente.

A través de los cristales de la carlinga, el cielo aparecía brumoso. Había unas feas nubes a la derecha que presagiaban tormenta y de vez en cuando el aparato se balanceaba bruscamente, señal que el viento soplabla con fuerza.

Guss Erdelich, el piloto se volvió un momento en su puesto y me sonrió.

—No se preocupe, Frank —dijo—. Dentro de cuarenta y cinco minutos estaremos en Alamogordo.

Asentí con un ademán.

«Ojalá estuviéramos ya allí» pensé.

Y miré al hombre que ocupaba un asiento a mi derecha.

Sam Warlone continuaba en la misma actitud hosca e impenetrable que adoptara al partir de Lordsburg. Era un hombre de una presencia física impresionante. Su estatura —muy próxima a los dos metros—, sus espesos cabellos canosos y sus facciones, toscas y cuadradas, impresionaban.

Pero sobre todo eran sus ojos azules, brillantes y febriles, los que destacaban en aquel rostro bronceado y enérgico.

No debía viajar con mucha comodidad.

Como Sam había intentado fugarse en el aeródromo de Lordsburg, yo no podía permitirme confianzas con él.

De modo que cuando subimos al Cessna le esposé al asiento delantero, puse unos grilletes en sus tobillos y le sujeté a la asa de su propio asiento. Era la única forma de dominar a aquel ser violento, arisco y sumamente peligroso.

Había comprobado que las esposas que unían sus manos estaban demasiado apretadas.

El acero aprisionaba rudamente sus muñecas. Debía hacerle mucho daño, porque sus manos tenían un tono amoratado.

Pero Sam Warlone no se había quejado ni una sola vez. Firmemente apretadas las mandíbulas, sus ojos miraban hacia adelante, sin ver.

«Así aprenderá a dominar sus criminales instintos», decid: mentalmente.

A mí todavía me dolía el cráneo y la nuca, como consecuencia del salvaje golpe que Sam había asestado en Lordsburg, cuando nos disponíamos a subir al avión.

Sólo me había descuidado un segundo, Pero fue suficiente para que Warlone lo aprovechara cumplidamente.

Como me dominaba con su imponente estatura, en cuanto le di la espalda saltó sobre mí, alzó sus puños unidos por las esposas y me derrumbó de un tremendo testarazo.

Parker y Winble, los dos policías que nos habían acompañado hasta el campo de aviación, acababan de marcharse en su *jeep*.

Yo yacía inconscientemente en el suelo y Guss Erdelich ponía en marcha los motores, en la carlinga de su avión, alquilado por el *sheriff* de Lordsburg.

Permanecí algo más de un minuto absolutamente inconsciente.

Según supe después por Erdelich, Sam Warlone hubiera podido escapar en aquel momento. No había nadie a la vista en el pequeño campo de aviación. Le hubiera bastado correr a grandes zancadas hasta los talleres, cortar la cadena de las esposas en el esmeril o la sierra de metales, robar un automóvil y marcharse.

Pero el asesino no hizo esto.

Debió esbozar un plan muy distinto en pocos segundos. Seguramente vio mi revólver a través de la chaqueta entreabierta y decidió apoderarse de él.

Me imagino que su proyecto incluiría amenazar con el arma al piloto y obligarle a despegar, una vez el secuestrador a bordo.

Y esto, precisamente, fue lo que le perdió.

La casualidad juega a veces bromas muy pesadas.

Inclinado sobre mí, Sam Warlone logró aferrar el revólver que yo llevaba en una funda, bajo la axila derecha.

Pero cuando fue a incorporarse, notó un fuerte tirón que le impedía alzarse.

La casualidad: eso fue lo que impidió que Sam Warlone llevara a cabo sus propósitos de fuga.

La gruesa cadena de oro que llevaba al cuello se acababa de enganchar accidentalmente en la estrella-insignia que yo llevaba prendida en la chaqueta de cuero.

Sam dio un tirón. Pero su cadena de oro era sólida. Tan sólida como mi chaqueta de cuero.

Tenía entre las manos mi revólver. Y para desenganchar su cadena necesitaba tener las manos libres.

Vaciló, indeciso.

Luego en una reacción absolutamente normal, dejó caer el revólver para liberarse.

Los bruscos tirones me agitaron y me hicieron volver en mí, a pesar del mareo que me provocó su formidable golpe en la nuca.

Vi el rostro de Warlone a unos centímetros de mí. Su fuerte aliento rozaba mi cara mientras sus dedos hurgaban fuertemente en mi insignia.

Instintivamente, alcé una pierna y le golpeé entre los muslos.

Warlone perdió el equilibrio y la cadena de oro que colgaba de su cuello se rompió.

Oí perfectamente el gruñido hostil que brotaba de sus labios.

Pero yo había visto el revólver y todo mi interés era alejar el arma. Giré sobre mí mismo y logré separarlo de una patada.

El asesino corrió a grandes zancadas en pos del arma.

Yo me sentía demasiado confuso para poder reaccionar con la rapidez necesaria. Si no hubiera sido por la decisiva intervención de Guss Erdelich, lo más probable sería que Sam Warlone se hubiera salido con la suya.

Pero el piloto había advertido algo raro y se asomó a la portezuela de la carlinga. Vio a Warlone que corría desoladamente en pos del arma —detenida a unos diez metros de distancia, sobre el hormigón de la pista— y comprendió que ambos estábamos en una situación sumamente apurada.

En consecuencia, se volvió rápidamente y tomó algo que arrojó contra el fugitivo.

La llave inglesa golpeó a Warlone en una rodilla. Debió ser un golpe fortísimo para arrancarle aquel aullido de dolor, pues el criminal no era un hombre que se quejase por cualquier motivo.

Lo cierto es que vaciló y cayó.

Cuando quiso ponerse en pie, Erdelich encañonaba a Warlone con mi revólver.

—No se mueva de ahí —advirtió, tembloroso—. No tengo mucha práctica con las armas de fuego, pero supongo que si aprieto el gatillo, una bala le perforará el pecho.

Warlone quedó en el suelo, inmóvil y jadeante.

Yo me alcé despacio, me masajee el cuello y me hice cargo de la situación.

El rencor nublaba mis ojos.

Cuando tomé el revólver de las inseguras manos del piloto, juro que estuve a punto de disparar contra el hombretón que yacía sobre la lisa superficie de hormigón.

Sam Warlone, un asesino sin entrañas, no merecía compasión.

Si yo disparaba ahora, probablemente Guss Erdelich declararía que me había visto obligado a hacerlo cuando el detenido intentó escapar.

Yo estaba seguro de esto. Y por una razón concluyente: Erdelich era uno de los que habían intentado linchar a Warlone, dos días atrás.

Dos centenares de personas se habían ido reuniendo, a primeras horas de la noche, alrededor de la prisión del condado de Lordsburg.

Aunque la vigilancia era fuerte dentro de la prisión, unos jóvenes habían logrado subirse al tejado, trepando por el tronco de un álamo que daba sombra al edificio.

Abrieron un boquete y descendieron hasta los servicios higiénicos, situados junto a las celdas.

Cuando quisimos percibirnos de la maniobra, una treintena de personas habían logrado introducirse en el edificio.

Algunos de ellos se abalanzaron sobre la celda de Sam Warlone. Aquel estúpido les había desafiado abiertamente, incluso se había acercado a los barrotes de la celda.

Cuando Phil Brodigan y yo llegamos allí, habían conseguido atraparle a través de los barrotes.

Docenas de manos le sujetaban y otras tantas le golpeaban sádicamente. No es fácil olvidar aquella escena: Warlone tenía el rostro completamente manchado de sangre, los labios y la nariz

aplastados y... una fina correa de cuero trenzado al cuello.

No podían ahorcarlo, pero se disponían a estrangularlo. Lo cual, evidentemente, venía a ser lo mismo.

Brodigan dio la alarma a gritos, mientras yo repartía culatazos con mi rifle a diestro y siniestro.

Por fortuna, Ted Cardiff estaba allí y se hizo rápidamente cargo de la dramática situación.

Porque la verdad es que acababan de arrancarme el rifle de las manos y probablemente, en el frenesí de aquel momento, también a mí me hubieran linchado a golpes.

El *sheriff* tuvo un rasgo de auténtico ingenio. De un puñetazo rompió el cristal del servicio contra incendios, desenrolló la manga, abrió la presión y roció de agua a los linchadores.

El chorro de agua surgía con una potencia bestial y poco a poco los excitados individuos fueron retirándose de la celda de Warlone, que aún se mantenía en pie, aunque chorreando sangre.

Los refuerzos que llegaron inmediatamente redujeron a los linchadores y poco después dominábamos la situación.

Guss Erdelich estaba en la calle. De buena gana hubiera penetrado en la cárcel y ayudado a linchar al preso, pero fueron otros los que se le adelantaron.

Pocos minutos después, fuerzas especiales antidisturbios despejaban la zona y ponían orden en las calles de la ciudad.

El *sheriff* Cardiff se sentía preocupado. Llamó por teléfono al juez y esperó que las autoridades judiciales decidieran.

Y al fin, tras numerosas llamadas y consultas, la autoridad jurídica decidió que Sam Warlone fuera trasladado a Alamogordo, donde se celebraría la vista del juicio.

La cabeza me dolía terriblemente. En el fondo, temía que el golpe de Warlone hubiera resentido mi espina dorsal o incluso que me hubiera fracturado alguna vértebra, tan agudo era el malestar que sentía en el cuello.

Sin embargo, a medida que respiraba entrecortadamente mi furia cedió, al fin de cuentas, yo no era quién para dar su merecido a Warlone, por más que se tratase del hombre más odiado y repulsivo de la comarca.

—Sube —ordené al preso—. Si hace el menor movimiento sospechoso, agotaré el tambor de este revólver. Usted sabe que

estoy deseando hacerlo.

Warlone sonrió cínicamente.

—Sí, sé que está deseando hacerlo —jadeó—. Y quizá eso sería lo mejor para todos.

CAPÍTULO II

El avión se bamboleó bruscamente.

—¿Qué ocurre? —grité.

—¿Qué diablos sé yo? —respondió Erdelich—. El pronóstico del tiempo era estable. Pero ya sabe lo que ocurre en otoño: las condiciones meteorológicas pueden cambiar en unas pocas horas. Lo único que sé es que el viento sopla a cincuenta nudos por hora y las turbulencias me impiden elevar este trasto.

Los dos motores rugían ahora con más intensidad y el aparato se estremecía en una violenta vibración. Extraños crujidos resonaban a nuestro alrededor.

El cielo estaba completamente cubierto y la visibilidad era nula a nuestro alrededor.

—Tendría gracia que...

Miré a Erdelich.

—¿Qué estás diciendo? —Gruñí.

—Decía que tendría gracia que nos viéramos obligados a realizar un aterrizaje de emergencia con ese tipo. —Erdelich señaló con un movimiento de cabeza al preso—, con ese tipo a bordo.

Dirigí a Warlone una mirada llena de prevención. Estaba claro que el preso aprovecharía cualquier situación favorable para intentar la huida.

Y esto, con ser grave, no era lo peor: yo estaba seguro de que Warlone no dudaría en volver a matar.

¿Qué podía esperarse de un hombre como él, que había demostrado carecer de los más elementales sentimientos?

Por otra parte, la situación de Sam Warlone era desesperada. A nadie le quedaba ninguna duda: Warlone sería condenado a muerte.

Tras las últimas elecciones, las cosas habían cambiado mucho.

Había sectores que exigían a voz en grito el retorno de la pena de muerte. De hecho, se había aceptado ya esta nueva situación: tres asesinos habían sido ejecutados en Santa Fe, semanas atrás.

Las circunstancias eran propicias: numerosos casos de asesinatos atroces saltaban a las primeras páginas de los diarios y a los boletines de Radio y Televisión. En el sur, muy cerca de la frontera, operaban bandas bien organizadas que asaltaban a los camioneros y no dudaban en asesinar a los hombres de la carretera, después de desvalijar los camiones.

Por tanto, la situación era desesperada para Sam Warlone. Cierto que él había negado obstinadamente los cargos, pero las pruebas eran tan abrumadoras que nadie dudaba que el asesino sería condenado a la última pena.

Dándose estas circunstancias, Warlone se volvería aún más peligroso, tan insensible como una fiera acorralada.

Me puse en pie bruscamente y me acerqué al piloto.

—¿Qué?

—Creo que hemos perdido el rumbo —respondió Erdelich, que siempre hablaba en plural—. Estoy intentando captar las señales del radio-faro de King Wells, en la frontera, pero no lo consigo. Estas cosas suceden siempre cuando se producen perturbaciones atmosféricas.

Me mordí los labios de pura impaciencia.

—¿A qué distancia estamos de Alamogordo? —pregunté, furioso.

—¿Quién puede saberlo, en medio de la tempestad? He perdido el radio-faro de Deming y trato de guiarme por las señales de King Wells, pero aquí... —Erdelich golpeó la radio— ¡no suena nada, maldita sea!

—¿No puedes llamar a Alamogordo? —insistí.

Erdelich manipuló en los mandos del radio-transmisor. Durante unos minutos repitió un mensaje a través de las ondas. Eso creí yo, al menos.

Porque de pronto se volvió hacia mí, desfallecido, y susurró:

—Creo que la radio se ha averiado.

La ira se condensó en mi garganta como una bola ardiente.

—¡Precisamente ahora...! —exclamé. Y me volví a mirar al preso, que me devolvió una leve sonrisa indefinible.

De todas formas, me esforcé en conservar un mínimo de

serenidad.

Y consulté a Erdelich:

—¿Dónde crees que nos encontramos ahora mismo?

El piloto se encogió de hombros.

—No lo sé, pero me parece que hemos debido derivar hacia el sur. He visto aparecer un pico entre las nubes. Creo que estamos volando sobre los montes de San Andrés —dijo.

Y eso significaba que no nos habíamos apartado de nuestra ruta más de doscientos kilómetros. Precisamente Guss Erdelich había establecido previamente un itinerario aéreo un tanto largo con el fin de evitar las cumbres de San Andrés Mountains.

La furia de los elementos iba en aumento. El avión se debatía penosamente a través de las compactas formaciones de nubes que impedían toda visibilidad y los crujidos y chirridos iban en progresión a cada momento.

—Estamos gastando combustible en exceso —me dijo Erdelich—. Si nos hemos alejado demasiado, tal vez no dispongamos del suficiente para arribar a Alamogordo.

—¿Qué es lo que podemos hacer, entonces?

—¡Ya lo ve! —Se impacientó el piloto—. Por el momento, pongo todos mis sentidos en seguir dominando mi avión... ¡Es lo único que puedo hacer!

Desde atrás llegó la bronca voz de Sam Warlone.

—Si yo estuviera en su lugar, volaría a favor del viento —dijo—. Estamos al principio de la perturbación. Quizá más adelante el cielo esté más despejado. Ello le permitiría tomar tierra en algún lugar de México.

Me volví hacia atrás, airado.

—¡Cállese! —ordené—. Usted está mejor callado Warlone se encogió de hombros.

—Hagan lo que quieran —respondió—. A mí tanto me da. Si ese chico sigue pilotando el avión tan desastrosamente, antes o después una ráfaga de viento proyectará el avión contra los picachos y...

Calló, por fin.

Erdelich se volvió en el asiento un momento y gruñó:

—¿Qué diablos sabe un tipo como usted del pilotaje de aviones, Warlone? Lo suyo es asesinar. Simplemente, matar.

Warlone apretó las mandíbulas, pero no hizo ningún

comentario.

De repente, las vedijas de las nubes se separaron. Fugazmente, pude ver un picacho enhiesto, una ladera arbolada...

El ala derecha del bimotor Cessna pasó rozando las copas de los pinos. Un promontorio abrupto desapareció a la derecha, tan cerca de nosotros, que apenas pude reprimir un grito de espanto.

—¡Erdelich! —chillé—. ¡Estamos volando demasiado bajo!

El piloto saltó sobre su asiento.

—¿Y qué puedo hacer yo? ¡El avión apenas responde a los mandos! —gritó con un trémolo histérico.

Warlone sonrió.

—Ya se lo advertí —pronunció, sarcástico—. Erdelich está luchando contra la tempestad, en lugar de volar a favor de ella. Está previsto... Nos estrellaremos.

Di unos pasos hacia él, pero el avión dio un bandazo y estuve a punto de caer. Sujeto a mi asiento, me encaré con el preso.

—Ya le avisé, Warlone. Cállese. ¿Qué diablos entiende usted de aviones? —grité, irritado, pues me sentía verdaderamente asustado.

Ya me volvía hacia el puesto del piloto, cuando escuché las siguientes palabras del preso:

—Tengo suficiente autoridad para hablar. Fui piloto civil antes de dedicarme a criar vacas.

Giré bruscamente y miré al preso con un nuevo interés.

—¡No le creo! —estallé—. No creo una sola palabra de cuanto diga. En realidad, sospecho lo que se propone.

—Dígalo.

—Trata de influir sobre Erdelich para provocar una catástrofe. ¡A usted le da lo mismo!

Es más... prefiere morir en un accidente aéreo, antes que aguardar, día a día, la mañana en que deba ser ejecutado —pronuncié cruelmente—. Pero Erdelich y yo no queremos morir, ¡no tenemos por qué morir! Sé que Erdelich dominará el aparato y logrará aterrizar, sea donde fuere. De modo que o se calla, Warlone, o me verá obligado a hacerle callar. Como sea.

Dejó escapar una risita contenida.

—Usted está aterrado, Sloane —dijo Warlone—. Jamás na volado en medio de una tempestad y ahora se siente despavorido. Si pudiera mirarse en un espejo, vería su rostro macilento, sin color,

sus facciones demacradas, el temblor de sus labios...

Me estaba sacando de quicio.

—¡Maldita sea su alma, Warlone, le voy a...! —bramé.

Pero el avión dio un salto en el aire y comenzó a caer. Tan veloz, que sentía unas desagradables cosquillas en el estómago.

—¡Erdelich!! —chillé—. ¿Qué está pasando...?

Guss se volvió, pálido.

—El motor izquierdo no funciona. Creo que... ha sido alcanzado por un rayo —murmuró, desfallecido.

Volábamos a trompicones, zarandeados por brutales ráfagas de viento helado que desplazaban al Cessna a su capricho.

—Vamos a caer —observó el preso sin estremecerse.

Me tambaleé.

A bandazos, conseguí acercarme a Erdelich.

—¡Haz algo! —grité, descompuesto—. ¡Tienes que hacer algo...!

Guss tiraba del timón de profundidad con todas sus fuerzas. Pero el aparato seguía descendiendo inexorablemente.

Entre jirones de nubes, que desfilaban a velocidad fantástica ante mis ojos, veía la masa espesa, verdinegra, del bosque sobre el que volábamos. Si es que aquello se le podía llamar «volar».

Una profunda garganta se abría allí donde las coníferas terminaban bruscamente. Un precipicio profundo, oscuro.

Y más allá aún, delante de nosotros, un farallón rocoso avanzó hacia nosotros vertiginosamente.

Cerré los ojos un momento.

Cuando los abrí, comprendí que nos habíamos salvado de milagro de estrellarnos contra el compacto farallón.

Pero el avión volaba entre las nubes ciegamente.

Cabeceaba tan violentamente que en una ocasión mis pies perdieron contacto con el piso del aparato.

Erdelich, afianzado a los mandos, rechinaba los dientes.

Detrás de nosotros, Sam Warlone reía sin parar.

—¡Nos estrellaremos, nadie puede impedirlo...! —se burlaba.

Sentía ganas de caminar hacia él y de borrarle aquella odiosa sonrisa a puñetazos. Pero realmente era el preso el único de los tres que no demostraba temor aparente.

El Cessna descendía sin parar.

Su hélice derecha, inmóvil, parecía un anuncio de mal agüero.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Erdelich, desmoralizado—. ¡Está empezando a nevar!

En pocos minutos, la nieve comenzó a depositarse sobre la parte delantera de los anchos planos.

Súbitamente, las nubes se abrieron y nos permitieron ver un amplio valle limitado por empinadas laderas boscosas.

—Deberías intentar el aterrizaje —susurré al oído del piloto—. Antes de que el combustible se agote... ¡Antes de que el motor de la izquierda se pare!

Erdelich alzó la cabeza con furia.

—¿Aterrizar aquí...? ¿Es que ve algún sitio donde tomar tierra? —gimió.

Evidentemente, el lugar no parecía el más a propósito para intentar un aterrizaje de emergencia.

La ladera de la derecha era demasiado boscosa y empinada. La de la izquierda nos mostraba, de trecho en trecho, los amenazadores y afilados riscos que emergían por encima de la masa verde de las coníferas.

De atrás llegó el grito de Sam Warlone.

—¡¡Quíteme las esposas, Sloane!! ¡Yo puedo dominar ese aparato!

Me volví y le miré con frío desprecio.

—Prefiero estrellarme a confiar en una alimaña como usted —respondí. Y le volví la espalda.

Erdelich gritó en aquel momento.

Súbitamente, las copas de los abetos ascendían hacia nosotros como si un tremendo sismo acabase de proyectar la corteza terrestre hacia las alturas.

Naturalmente, no era más que un efecto óptico. No era la tierra la que subía, sino el avión que bajaba de forma irrefrenable.

En el último momento, Erdelich tiró desesperadamente del timón de profundidad; el avión crujió y se elevó un poco.

Luego cayó a plomo sobre la densa masa forestal.

CAPÍTULO III

Cuando volví a la consciencia, creí que todo había terminado.

Era consciente de que acababa de abrir los párpados, pero mis ojos no podían ver nada.

Al intentar moverme, experimenté un vivo dolor en el hombro izquierdo.

No sé por qué, pero me sentí malhumorado y rabioso.

¿Es que también en el otro mundo debía soportar uno las miserias y dolores terrenos?

Entonces escuché aquel gemido.

En principio, creí que aquel sollozo había surgido de mis propios latidos, pues el dolor del hombro era tan lancinante que me obligaba a morderme los labios hasta el punto de hacerme sangre.

Pero luego, de pronto, reconocí la voz de Guss Erdelich.

—¡Mis piernas...!

Parpadeé.

La oscuridad era absoluta, impenetrable.

Entonces volví a oír los gemidos del piloto.

—¡Gus! ¿Eres tú? ¿Qué ha ocurrido? —murmuré.

En las tinieblas resonó una carcajada sarcástica.

—Ya se lo advertí, Sloane, pero usted es demasiado duro de mollera. Se lo avisé: íbamos a estrellarnos. Y nos hemos estrellado —pronunció alguien, delante de mí.

¡Warlone...!

Poco a poco, fui tomando consciencia de la situación.

Intenté moverme, pero un ramalazo de dolor que me recorrió el brazo y el costado derecho, me convenció de que lo mejor era continuar inmóvil, por el momento.

Segundos después sonó un crujido.

—¿Qué está haciendo, Warlone? —susurré.

—Trato de aprovechar las circunstancias a mi favor —me respondió.

—¿Qué quiere decir?

Su bronca carcajada repercutió dolorosamente en mi atormentada cabeza.

—Según veo, usted debe estar malherido, Sloane. Y si no me equivoco, Erdelich se ha roto las piernas...

Un gemido estrangulado de Erdelich me convenció de que el piloto estaba gravemente lesionado.

Pero ¿cómo podía haberse roto las piernas, si Erdelich iba sujeto por los cinturones de seguridad a su asiento?

Warlone me dio la respuesta:

—El avión pasó rozando las copas de los abetos. Debí destrozarse centenares de árboles antes de que el morro del aparato chocase contra el risco. Lo cierto es que la parte delantera de la carlinga ha sido arrancada de cuajo y Erdelich no puede mover las piernas, ¿no es verdad, Águila de Nuevo México?

Un gemido hondo, tremante, sonó al otro lado del avión.

—¡Frank! ¡Por amor de Dios, écheme una mano! —gimió Erdelich—. El frío penetra por debajo de mis pies y empiezo a congelarme. Por lo que más quiera, ayúdeme.

Me moví un poco, pero las esquirlas de los huesos fracturados de mi hombro izquierdo se clavaron en mis carnes y el dolor fue tan bestial que me desvanecí.

Cuando volví en mí, escuché nuevamente aquel crujido sospechoso.

—¿Pero qué es eso? —pregunté con voz quejumbrosa.

De nuevo resonó la odiosa carcajada irónica de Sam Warlone.

—Ya se lo dije antes, cuando trató de hacer el héroe: me aprovecho de las circunstancias —respondió.

Y continuaron los desagradables crujidos.

Aunque no podía ver nada, los crujidos y chirridos provenían precisamente del lugar donde debía encontrarse Sam Warlone.

Una sospecha se abrió paso en mi cerebro.

—¿Cree que va a conseguir escapar, Warlone? —exclamé.

Sus jadeos se interrumpieron.

—Ya lo veremos —dijo—. De momento, he podido comprobar

que mi asiento está casi arrancado del piso. De modo que seguiré insistiendo hasta arrancarlo del todo.

Intenté inclinarme sobre el lado derecho para ponerme en pie, pero en mi hombro izquierdo resonó un lúgubre chasquido. El dolor me obligó a detenerme. —¡Está loco!— gruñí.

—Ya lo sé —respondió el preso, jadeante.

—No conseguirá escapar, aunque logre arrancar ese asiento del piso... ¡Sus brazos están sujetos al asiento de delante! —Traté de detenerle.

Tardó unos segundos en contestar.

—No importa, arrancaré también el de delante. Tengo mucho tiempo, comisario Sloane. No hay prisas...

Me desesperé. Aquel individuo parecía muy capaz de conseguir sus propósitos.

—No sea estúpido. Aunque lo consiguiese, ¿cómo podría desenvolverse con esos dos asientos, uno colgando de sus manos y el otro de los tobillos?

Su carcajada me dejó helado.

—En cuanto pueda moverme de aquí, ya me las arreglaré para librarme de estos impedimentos —respondió Warlone—. Entretanto, el ejercicio me permitirá mantener caliente mi cuerpo. Al contrario que ustedes... Erdelich está medio congelado, usted no tardará en estarlo. Cuando logre liberarme, me apoderaré del revólver y escaparé.

No baladroneaba.

Un hombre tan fuerte como él y... tan desesperado era muy capaz de conseguir lo que se proponía.

Erdelich seguía quejándose, cada vez más débilmente.

En cuanto a mí, violentos escalofríos me recorrían de los pies a la cabeza.

Era lógico, era de noche y fuera estaba nevando.

La borrasca había hecho descender la temperatura a varios grados bajo cero y el frío penetraba a través de la enorme abertura que Erdelich tenía a sus pies.

En aquel momento, resonó un crujido horrisono, seguido de un golpe considerable.

—¿Qué ha ocurrido? —indagué.

—¿No lo adivina? —Oí la voz de Warlone, mordaz—. ¡Acabo de

arrancar mi asiento!

Ahora estaré más libre de movimientos para quebrantar el de delante.

—No lo conseguiré, Sam, Desfallecerá antes. Llevamos muchas horas sin comer, sin ingerir líquidos... ¡no puede tener tanta resistencia! —clamé.

—¿Qué se apuesta? —Fue la inquietante respuesta.

Callé.

Y al momento, se oyó el jadeo del asesino, que volvía denodadamente a su trabajo.

Fuera soplaba la ventisca con tal potencia que sentí sobre mi frente la caricia helada del cierzo.

—Sam —susurré.

—¿Qué diablos quiere?

Warlone debía haberse detenido, porque los crujidos cesaron.

—¿Cómo piensa escapar de aquí? Debemos estar muy lejos de cualquier punto habitado. Erdelich ha debido romperse las piernas y yo me he fracturado el hombro izquierdo, pero usted no debe estar mucho mejor que nosotros...

Su carcajada estalló, bronca, dentro del avión.

—¿Qué le hace suponer tal cosa, Frank?

—Fue un golpe terrible. Usted...

—Estoy perfectamente. No he recibido un solo rasguño —especificó.

Se produjo una pausa.

—¿Qué hará cuando haya logrado librarse de esos asientos? —indagué, al cabo.

—¿Qué haría usted en mi lugar? —preguntó él, a su vez.

Aquella cuestión me tranquilizó sobremanera.

Me costaba gran esfuerzo ponerme en el pellejo de un asesino como Sam Warlone, pero traté de imaginarme como protagonista de una situación semejante.

¿Qué sería lo más inteligente, desde el punto de vista de Warlone?

—No se rompa los sesos —pronunció cínicamente—. Yo le diré cuál es la solución más inteligente y práctica: vaciar el depósito de combustible, rociar su cuerpo y el de Erdelich y prenderles fuego. Tal vez encuentren alguna vez este aparato, tal vez no... Pero si lo

encuentran, no bailarán otra cosa que cenizas...

—¡Dios Todopoderoso! ¿Sería capaz de hacer algo así, Sam? —
Me asusté.

—¿No es eso lo que se espera de un asesino como yo? —fue la sorprendente respuesta—. Escuche esto: aguardaré hasta que los cadáveres se calcinen por completo y después los disgregaré, de forma que nunca se sabrá si fueron dos o tres los cadáveres que el fuego consumió...

Era inteligente, sí. Diabólicamente inteligente.

—Yo entiendo mucho de aviones, Frank —añadió—. Cuando un aparato cae a tierra violentamente, los depósitos de combustibles suelen estallar, incendiarse... Eso es lo normal, aunque afortunadamente no ha sucedido en nuestro caso. Pero ¿quién puede saber lo que ha ocurrido aquí, sino únicamente nosotros? Tendrán que deducir la verdad por sus propios medios. Y la verdad será la que a mí me conviene.

—Sí, usted es capaz de hacer lo que está diciendo —convine.

—Naturalmente. Eso es lo que se espera de un hombre como yo. Además... ustedes me han apaleado, martirizado, humillado, incluso intentaron lincharme...

—Debí dejar que lo hicieran —gruñí, tembloroso.

—O simplemente, meterme un par de balazos en el cráneo, cuando le golpeé en el campo de aviación de Lordsburg —sugirió Warlone, burlón.

—Sí, exactamente. Usted es una fiera. Me arrepiento de haber tenido un rasgo de humanidad con usted...

—¡Un rasgo de humanidad! —exclamó—. Durante diez días me han mantenido sin dormir, apenas me han dado de comer, me han torturado y vejado, no me han permitido entrevistarme con el abogado que elegí...

—Harold McRetty rehusó hacerse cargo de su defensa —intervine.

—Debieron presionarle, amenazarle. Es lo acostumbrado... —calló unos segundos, prestó atención al rumor de la tempestad y prosiguió—: Así que debo comportarme como lo que se me considera: un animal rabioso. Antes de rociarle de combustible, Frank, le quitaré sus ropas y le vestiré con las mías. Tal vez, retire algunos fragmentos chamuscados antes de que todo haya ardido. A

eso se podría llamar el «toque del genio», ¿no le parece?

Era genial. Criminalmente genial.

De repente, dije yo:

—No va a conseguirlo, Sam No lo conseguirá... Porque antes de que consiga arrancar ese asiento del piso, le acribillaré.

Rió sordamente, entre dientes.

—¿Por qué ríe? —Me encrespé.

—¡No sea niño! —respondió—. Si usted tuviera su revólver, seguro que hubiera disparado ya contra mí, aunque hubiera sido a ciegas.

«¡Maldita sea tu alma! —pensé, irritado—. ¿Es que vas a saberlo todo...?».

Pero era cierto.

Mientras trataba de distraer a Warlone con mi conversación, no hacía otra cosa que palpar el piso a mi alrededor.

Porque lo cierto era que no había encontrado el revólver en mi funda axilar.

Probablemente el arma se había salido de su funda cuando el aparato cayó sobre las frondas del bosque.

¿Dónde estaba ahora el revólver?

En aquel momento dio comienzo una extrañísima competición: Sam volvió a agitarse con todas sus fuerzas aferrado al asiento delantero y yo me arrastré por el piso, sofocando un alarido de dolor, a la búsqueda del arma.

Si era yo quien encontraba el revólver, quizá la crítica situación estaría resuelta, por el momento.

Pero si era aquel asesino el que lograba librarse de sus ataduras, en tal caso Erdelich y yo estaríamos perdidos.

Warlone había dicho la verdad... ¿Qué otra cosa podía esperarse de una fiera humana?

CAPÍTULO IV

Yo apenas sentía los dedos de ambas manos.

El cerdo de Sloane, me había apretado excesivamente las esposas. Quizá no lo había hecho a propósito: mis muñecas son tan anchas que las esposas normales apenas abarcaban mis pulsos.

Lo cierto es que la presión ha disminuido el riego sanguíneo de mis manos, que están hinchadas y amazotadas, como trozos de corcho.

Erdelich ha vuelto a quejarse.

¡Ese maldito estúpido...! ¿Por qué le entregarían una licencia para pilotar aviones a un tarugo semejante?

Frank Sloane se arrastra lentamente de un lado a otro, buscando con ansiedad su revólver, que no puede ver.

A pesar de todo, debo reconocer que es un hombre de una pieza. Si como él asegura tiene el hombro roto, debe estar sufriendo todos los horrores del infierno. A pesar de lo cual, no le he oído quejarse ni una sola vez.

Todo lo contrario que Erdelich, que gimotea como una señorita.

Ahora notó el líquido caliente que empapa mis muñecas.

Es sangre. Sencillamente, sangre espesa y tibia que gotea sobre mis botas. Los bestiales tirones que doy al asiento hacen que los ángulos de las esposas se claven en mis carnes, hiriéndolas hasta el hueso.

De todas formas, no pienso detenerme hasta desfallecer.

Quizá me desangre lentamente, pero tanto da.

No pienso darles el gusto a esos canallas de comparecer ante el tribunal de Alamogordo.

Pender de una soga no me hace ninguna gracia. ¿O habrán cambiado las costumbres hasta el extremo de fusilar a los

condenados a muerte, como hicieron con ese individuo de Salt Lake City...?

Sloane no sabe dónde está el revólver, pero yo sí.

Los últimos años que he pasado en contacto con la naturaleza han afinado sorprendentemente mis sentidos, hasta el punto de que ahora puedo ver, aunque confusamente, en medio de esta oscuridad.

El revólver estaba a los pies de Sloane, a su izquierda. Pero él, naturalmente, se arrastra sobre su costado derecho y no ha podido verlo aún. Ni siquiera palparlo. Pero puede encontrarlo en cualquier momento.

Fuera ruge la tormenta.

Calculo que no falta mucho para amanecer, quizá una hora, tal vez menos. Pero la ventisca sigue azotando los árboles y la temperatura exterior debe ser muy cruda.

De todas formas, tendré que arrebatar a Frank Sloane esa estupenda chaqueta de cuero, si no quiero morir congelado cuando salga de aquí.

¡Cuidado...!

Sloane está acercándose peligrosamente al lugar donde está su revólver, inmediatamente detrás del asiento que ha ocupado durante el viaje.

Es preciso hacer algo.

—¡Frank! —grito.

Se ha detenido.

—¿Qué quiere? —Gruñe.

—¿Y si yo le dijera que soy inocente, si llegásemos a un entendimiento? —sugiero.

Pronuncia una gruesa palabrota. Y después:

—Si usted es inocente, yo soy el Mahatma Gandhi redivivo —responde soez.

Y sigue arrastrándose lentamente.

Sin querer, su codo acaba de golpear el revólver.

Se queda inmóvil y yo vuelvo a tirar del asiento con todas mis fuerzas.

¡Un crujido! Quizá lo consiga antes de que...

—¡Quieto, Sam! No se mueva o disparo —escucho su voz vibrante.

Está claro que ha encontrado el arma.

Pero yo decido no obedecer.

El no ve nada. Seguramente, sólo puede orientarse dentro del avión al tacto. Y sólo dispone de una mano.

Me afianzo al respaldo y tiro hacia mi como si me fuera en ello la vida.

¡Un nuevo crujido, ahora más potente!

En aquel momento restalla la detonación, seguida de una cárdena y fugaz llamarada.

La bala se hunde en el techo, a dos metros de mi cabeza.

Desesperadamente, vuelve a tirar, poniendo en insoportable tensión todo mi cuerpo.

Sloane dispara como un loco, a ciegas, y el interior del avión siniestrado se llena de la luz de los disparos y del humo de la pólvora.

Erdelich gime quejumbrosamente.

Ese policía es tan estúpido que seguramente ha alcanzado al piloto de un balazo. ¡Todo podría ocurrir...!

En ese momento siento el picotazo ardiente en mi pecho.

No percibo el dolor, sudoroso como estoy. Pero sí noto que me abandonan las fuerzas y que la sangre empapa mi viejo jersey.

—¡Quieto! —repite el policía—. Le he visto perfectamente a la luz de los disparos y le tengo encañonado a tres metros de distancia. Si oigo un nuevo chirrido, tiraré a matar.

Ya sé que le he alcanzado.

Las fuerzas me abandonan. Pesadamente me dejo caer al suelo.

Como entre nubes, percibo el rumor que produce Sloane al arrastrar los pies sobre el piso del avión.

Ha conseguido incorporarse y avanza despacio hacia el puesto del piloto.

Un momento después, luce una linterna dentro del habitáculo.

Un foco me deslumbra y giro la cabeza.

—Debería matarle —ruge el policía, rencoroso.

—Hágalo —le desafío—. Si yo tuviera esa oportunidad, no dudaría un solo momento.

Sus dientes rechinan de cólera.

Imagino que sus dedos se pliegan sobre el revólver, experimentando una intensa tentación de disparar.

¿Cuántas balas debe tener el tambor de su revólver?

Cuento mentalmente los disparos que acaba de hacer y súbitamente tomo una decisión.

De improviso, me incorporo y elevo ambas piernas en el aire. El asiento le golpea en el vientre con fuerza y Sloane dispara la última bala que quedaba en el tambor de su arma.

Por fortuna, ya había perdido el equilibrio cuando apretó el gatillo y la bala se incrusta, inofensiva, en el techo del *Cessna*.

Ya estoy intentando golpearle de nuevo, cuando sus dos rodillas se hunden despiadadamente en los riñones, cortándome el aliento.

Un momento después, ha logrado recargar su revólver y me golpea en el occipucio con el cañón de su arma.

Un leve desvanecimiento.

Cuando abro los ojos, está amaneciendo. Frank Sloane, a tres pasos de mí, me encañona.

Está pálido, palidísimo, y tiembla violentamente.

Guss Erdelich está tendido sobre el piso del avión, en la parte trasera. Está inmóvil, cubierto por una manta.

Por mi parte, no consigo dominar mis deseos de hostigar al policía.

—Lo ha matado, supongo —pronuncio, dirigiendo una rápida mirada al yacente Erdelich.

Sloane rechina los dientes y sus ojos se animan con un destello de odio.

—Poco le ha faltado. Una de mis balas se estrelló contra el tablero de instrumentos. ¡Y todo por su culpa, cerdo! —Gruñe.

Dejo escapar una corta carcajada. Su dedo índice tiembla sobre el gatillo.

—Dispare —le invito—. Podrá decir que le ataqué, que intenté escapar, que...

Pero ahora es él quien sonrío.

—No pienso disparar..., si puedo evitarlo —dice lentamente—. Me compensará más verle comparecer ante el jurado y oír la sentencia a muerte en boca del presidente del tribunal. Quizá me quede algún tiempo en Alamogordo. El suficiente para asistir a su ejecución.

Respondo con un insulto.

No me ha gustado lo que ha dicho. Parecía recrearse en sus

palabras, el muy cochino.

Poco a poco, va haciéndose de día.

Hay luz suficiente para poder echar una ojeada al exterior.

Fuera, el espacio que abarcan mis ojos está cubierto de nieve. Ha debido nevar mucho desde la tarde anterior, pues las ramas de los abetos próximos están cuajadas de copos.

Según puedo apreciar, el ala izquierda del *Cessna* ha resultado arrancada de cuajo, al igual que la parte saliente de la carlinga, que no está a la vista. Ante el asiento del piloto, hay una gran brecha por la que penetra el frío y la nieve.

No es mucho más lo que puedo ver desde el lugar que ocupo. Se diría que éste es un lugar agreste y alejado de cualquier lugar habitado.

Tal vez, todavía...

Pero Sloane me quita toda esperanza.

—No se haga ilusiones, Warlone —le oigo decir—. Le he echado una ojeada a su herida del pecho. Tiene muy mal aspecto. Cierto que ya ha dejado de sangrar, pero ha perdido la suficiente sangre. No podría correr mucho... en el caso de que yo le dejase escapar.

Sólo en ese momento advierto el dolor en el pecho.

Pero ¿qué importa el dolor del pecho? Mi cráneo, maltratado, también duele lo suyo. Ha debido brotar bastante sangre de la herida de la cabeza, pues noto que el cuello del jersey está pegado a la piel.

Lentamente, va amaneciendo.

Sloane se ha retirado y hunde la mano en la bolsa de viaje de Erdelich. Ha sacado unas galletas, que va masticando lentamente, sin demostrar el menor apetito.

Naturalmente, no se le ocurre ofrecerme una siquiera.

Me incorporo lentamente. Las rodillas se me aflojan, pero aguanto, apoyado en el codo izquierdo.

Así, en esta postura, miro hacia el piso y me doy cuenta de que el asiento delantero está casi arrancado de las planchas del piso.

Lástima. Estuve a un paso de conseguirlo...

Inclino el torso hacia adelante, aferró con mis dedos el cuello del jersey y tiro hacia abajo, para echar una ojeada a mi herida del pecho.

El boquete apenas se distingue entre el vello pectoral. Pero veo

un trocito de tela que blanquea entre el abundante vello. Una herida por debajo de la clavícula que duele lo suyo.

Alzo la mirada.

Sloane me vigila sin dar muestras de debilidad, a pesar de su gesto de intenso sufrimiento.

—Vaya, un rasgo de humanidad —exclamo, burlón—. Veo que se ha ocupado de mi herida, Frank.

Aprieta las mandíbulas, sonrío cruelmente.

—Una vez decidido a presenciar su ejecución, me interesaba que llegase con vida a Alamogordo. Pero no lo hice por humanidad. Sería un error que se hiciera ilusiones...

—Ya veo —respondo, ácidamente—. El sabueso debe entregar su presa al verdugo...

Pero él sigue royendo las galletas, indiferente a todo lo que no sea vigilarme.

Parece que la tempestad se va calmando. Me agacho para mirar a través de los cristales y advierto que ha dejado de nevar.

Pero el viento sigue soplando. El soplo que penetra a través de la brecha de la carlinga hiere como un cuchillo.

Mi cuerpo se va enfriando lentamente. Ahora, la herida del pecho late con pulsaciones hirientes que me obligan a encogerme sobre sí mismo.

—Déme un cigarrillo —pido de improviso.

—Yo no fumo —responde Frank—. Y usted tampoco, por lo que he podido comprobar.

No le he visto fumar hasta ahora.

—Tengo cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta. Y también un estuche de fósforos.

Duda.

Seguramente imagina que se trata de un ardid para sorprenderle. Al verme sonreír, se separa del asiento sobre el que está recostado, deja el revólver allí y se acerca a mí despacio.

Su brazo izquierdo cuelga rígido del hombro. Parece que el menor movimiento le hace sufrir horriblemente. Y en tales circunstancias, cualquier pequeño golpe... ¡Lástima que yo tenga las manos esposadas y sujetas por otros grilletes al asiento!

Su mano izquierda palpa mis bolsillos y saca el paquete de cigarrillos y las cerillas. Saca uno y me lo pone en los labios. Luego

abre el estuche de cerillas, lo deja en el asiento y logra encender un fósforo.

Aspiro el humo con fuerza, expelo una bocanada y... toso secamente.

Sonríe al ver mi gesto de dolor... fingido.

—Duele, ¿eh? —comenta despiadadamente.

Vuelvo a toser. Me sofoco.

—Sí, maldito seas, polizonte... Creo que es más grave de lo que imaginaba —miento—. No te saldrás con la tuya.

—¿Qué quieres decir? —me tutea de pronto.

—Creo que estoy listo. No podrás presenciar mi ejecución. Me temo que no conseguirás llevarme vivo a Alamogordo —respondo.

Vuelve a su asiento y se deja caer, desfallecido.

Aquel sencillo movimiento ha debido arrancarle un espasmo de dolor, pues deja caer el mentón sobre el pecho y sofoca un quejido.

—Escucha, Frank: puesto que de alguna forma me has ayudado, te daré un consejo —digo de pronto, sin soltar el cigarrillo de los labios.

—¿Un consejo?

—Tu hombro está muy mal. Fracturado y astillado. Debe hacerte un daño horrible.

—Líbrame de las esposas y veré de fabricarte un cabestrillo. Tu hombro descansará y podrás moverte más libremente —le propongo.

Sonríe débilmente.

—No lograrás pillarme desprevenido, Sam Warlone. Quédate donde estás. Ya me las arreglaré como sea —ha respondido.

Indudablemente, es mucho más hombre de lo que yo suponía.

CAPÍTULO V

Fuera, la ventisca ha vuelto a borrar los contornos del monte Sloane ha salido fuera y recogido algunas ramas, con lo cual ha logrado formar una pequeña hoguera dentro del avión.

Erdelich nos ha dado una tremenda sorpresa. Parecía moribundo y ha resucitado al calorcillo de la lumbre.

De repente, se ha incorporado sobre los codos y nos mira a ambos fijamente. En su rostro estrecho, de ojos excesivamente juntos, se dibuja la sorpresa.

Pero el asombro de Sloane es aún más intenso.

—¡No te muevas! ¡Tus piernas...!

Erdelich acaba de ponerse en pie lentamente. Y Sloane le sigue con los ojos desorbitados.

—Pero tus piernas..., ¿no estaban rotas?

Erdelich camina despacio, con pasos acompasados, como si quisiera comprobar la resistencia de sus piernas.

—Eso creí —exclama cínicamente—. Apenas las sentía... Debió ser el golpe, que me las paralizó. Bueno... Estaba muerto de miedo y...

—Fue un ataque de histerismo agudo —me burlo yo—. Este jovencito en su vida las había visto más gordas. Fue el pánico, eso es todo.

Erdelich se ha vuelto y me mira con rencor.

Contempla, pasmado de asombro, el asiento arrancado de su anclaje y pregunta a Sloane con la mirada.

—Intentó soltarse. Tiene una fuerza descomunal —responde el policía—. Estuvo a punto de conseguirlo. Por fortuna, logré encontrar el revólver a tiempo. Parecía enloquecido y tuve que disparar contra él. Le he agujereado el pecho.

Los ojos de Erdelich relucen de pura satisfacción. Es evidente que goza intensamente sabiéndome herido, porque en realidad me tiene un miedo cerval.

Le veo acercarse y contemplar, complacido, mi cráneo manchado de sangre, mi jersey, la sangre seca que mancha el piso...

Me revuelvo de pronto y Erdelich se aparta, espantado. Sloane sonrío sin ganas.

Y llama la atención del joven piloto.

—Puesto que pareces estar entero, intenta arreglar la radio. Yo me he asomado varias veces al exterior, esperando oír el zumbido de un avión o un helicóptero, pero la visibilidad era escasa. Además, hemos ido a caer en una especie de quebrada... De todas formas, en Alamogordo habrán dado la alarma. Lo más seguro es que estén buscándonos ya —le oigo decir.

—Espera. Voy a echar una ojeada —exclama el piloto.

Le veo salir, pero vuelve en seguida.

—No creo que puedan encontrarnos —declara con el ceño sombrío—. Hay dos árboles tronchados bajo el fuselaje del avión. Las ramas que sobresalen están cubiertas de nieve, lo mismo que mi avión. Desde arriba no nos verán. Pero lo peor no es eso —exclama, abrumado, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué es, entonces, lo peor? —indaga Sloane, anhelante.

—¡El seguro!

—Pero ¿qué pasa con el seguro?

—¡La catástrofe! Ya sabe que el avión ió compró mi suegro, Jack Morse, aunque los beneficios los repartimos a medias —explica el piloto, desesperado—. El seguro cumplió hace una semana. Mi suegro me dio su parte y yo pensaba poner la mía con el dinero de este viaje, pero, ahora, después de este accidente, la empresa aseguradora no nos pagará un centavo. Y mi suegro me mandará azotar...

Sloane se ha puesto en pie bruscamente.

—¡Guss Erdelich, eres un cretino! —Estalla—. Te ocupas de eso cuando atravesamos una situación desesperada... Y dime: ¿vas a ponerte a reparar la radio?

—Yo no entiendo ni jota de electrónica —responde Erdelich, hundido—. Bueno, la verdad es que la radio nunca se había averiado hasta ahora...

El policía se ha dejado caer, desanimado, sobre el asiento. Erdelich le mira con expresión fija y estúpida.

—Muchacho, lo mejor que puedes hacer es sacar una tira a esa manta y fabricar un cabestrillo para Sloane, porque si no se desmayará dentro de unos minutos —indico a Erdelich.

El joven obedece. Saca una navajita de su bolsa y corta una larga tira, cuyos extremos une con un tosco nudo después de graduar la longitud precisa.

Al elevar el brazo, Sloane casi se desmaya. Pero al cabo parece sentirse un poco más aliviado.

Luego encarga a Erdelich que salga afuera y traiga un brazado de leña. No sé si lo ha hecho porque me ha visto tiritar de frío, de bruces sobre el asiento a cuyo respaldo permanezco encadenado.

Entretanto, la ventisca arroja copos de nieve a través de la brecha de la cabina, que el policía ha tratado —inútilmente— de cerrar con el trozo de manta resultante.

Ahí está Erdelich. Su brazado de leña es ridículo, pero él parece orgulloso de su fortaleza.

De momento, el avión se llena de humo espeso y húmedo, pero al cabo quedan unas brasas.

Sloane acaba de sorprenderme.

—Guss, suéltale los grilletes de los pies —dice.

Erdelich vacila.

—¿Soltarle? ¡Ya sabe que Warlone es más peligroso que una víbora! —protesta—. Quítale también los grilletes que unen las esposas al respaldo —insiste el policía. Y me mira fijamente—. Sam, voy a permitirle que se caliente en esa lumbre, pero si le ha pasado por la cabeza la idea de que va a sorprenderme.

Erdelich se acerca a mí, con temor evidente. Al fin, suelta los grilletes de pies y manos.

Puedo caminar, pero mis laceradas muñecas siguen unidas por otro juego de esposas.

Camino torpemente y me acerco a la lumbre. Toso secamente, pero en realidad la herida del pecho no me molesta.

Precisamente si pedí a Sloane que me encendiera un cigarrillo fue para comprobar la gravedad del balazo. Pero al inspirar el humo no me molestó lo más mínimo, señal de que la bala no ha perforado el pulmón. Supongo que el pedazo de plomo está incrustado entre el

hueso de la clavícula y el músculo que rodea la articulación del hombro. La herida sí me duele, pero no creo que sea de importancia.

Permanezco agachado largo rato, junto a la lumbre y frente a Sloane que me ha ordenado que no le dé la espalda.

Poco a poco, mis ateridos músculos entran en acción al sentir el calorillo que los traspasa.

Y pienso que verdaderamente sería una estupidez morir aquí, de inanición. Con ello no conseguiríamos otra cosa que ser devorados por los lobos después de muertos. Conozco esta zona, pues he venido a cazar alces hace uno o dos años, y sé que entre sus riscos hay loberas.

—Ve afuera y haz una lumbre en el punto más alto al que puedas llegar —oigo que le dice el policía al piloto.

Cuando quedamos solos, me incorporo despacio y miro a Sloane, cuyo rostro demacrado trasluce su intenso sufrimiento.

No me gustaría tener que matar a este muchacho de unos veintisiete años. Sloane es bastante alto, aunque no tanto como yo, pero sí bien parecido, moreno y atlético. Se diría que sabe muy bien lo que tiene que hacer y cómo hacerlo. Se ha empeñado en llevarme a Alamogordo y se dejará el pellejo en la empresa... con tal de cumplirla.

—Imagino que te divertirías mucho en la fiesta de los Vaillant, Frank —pronuncio de improviso—. ¿Fue Patty Vaillant la que te invitó?

Su sorpresa es tan intensa que llega a atragantarse. Por un momento, me mira como si yo fuera otra persona.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Que asististe a la fiesta de los Vaillant? Escuché a un policía, compañero tuyo. Un tal Wimble. Parecía envidioso. A él no le invitaron.

—Wimble es un envidioso —precisa Sloane—. Siempre lo ha sido.

—Seguramente. Pero tú eres demasiado ingenuo, Frank...

—¿Por qué dice eso? ¿Qué tienen que ver los Vaillant, qué le importa...?

—Más de lo que tú puedas imaginar. Pero te propongo un juego apasionante: voy a adivinar muchas cosas relacionadas con los

Vaillant y contigo.

Sloane me escruta con interés. Parece un poco más animado.

—Muy bien. No tenemos nada mejor que hacer —conviene conmigo—. Diga lo que quiera.

Empiezo a divertirme. Verdaderamente Sloane es un ingenuo. Y un joven demasiado noble. Me disgusta que haya sido utilizado como un conejillo.

—Imagino, en primer lugar, que a ti siempre te ha gustado Patty Vaillant...

—¿Qué diablos importa eso?

—Tienes que responder. Es el juego —insisto.

Duda, Pero finalmente, asiente:

—Es cierto. Patty Vaillant es una mujer muy atractiva. Tan joven, tan elegante, tan...

—Bien. Ya yes que lo he adivinado. Como también imaginó otra cosa: Patty jamás te había hecho el menor caso hasta hace unas semanas...

Se muerde los labios.

—Ella es rica —murmura—. Su padre. Olney Vaillant, es el hombre más poderoso de la comarca de Lordsburg.

—Lo sé, Frank. Quedamos en que Patty jamás te había dirigido la palabra, ni una sola mirada. Y, de repente, recibes una invitación para la fiesta de cumpleaños de Patty. ¿No te sorprendió? —le pregunto.

Parpadea repetidamente, vacila. Parece muy confuso. —Creo que me sentí satisfecho, que ni siquiera pensé en ello. Pero ahora que lo dice...—. De repente, tanto Olney Vaillant como su hija comenzaron a dedicarte atenciones...

—Pero ¿cómo sabe todo eso? —pregunta asombrado.

—En realidad, no lo sé. Lo supongo, simplemente —le digo.

Callamos un momento. Sloane parece reflexionar.

—Bien. Siga, Sam. El juego comienza a apasionarme. Verdaderamente, usted tiene dotes de adivino. Continúe —me invita.

—Supongo que, digamos, Olney Vaillant te ha hecho recientemente algún favor. Incluso es posible que te haya hecho algún... obsequio —aventuro.

Sloane enrojece.

Y se enfurece.

—Ya está bien de adivinanzas —gruñe—. ¡No sé cómo me pongo a hablar con usted...!

Echa una rápida mirada al exterior, pero en seguida vuelve a vigilarme, siempre con el revólver empuñado en la mano derecha.

—Es igual, no es necesario que respondas, Frank. Tu misma actitud te ha delatado. Ahora sé que lo que suponía es cierto —susurro, sin mirarle.

Se agita, colérico.

Y se acerca unos pasos, desafiante.

—¡Está bien, sí, tiene razón! —Ruge—. Míster Olney ha dado empico a mi hermano menor, Stanley. Fue él mismo quien se ofreció. Me habló de Stanley y de la posibilidad de emplearlo en una de sus oficinas. Me pareció bien. Stanley estaba sin empleo, después de terminar sus estudios. ¿Qué mal hay en ello?

—¡Ninguno, por supuesto! —respondo—. Pero ¿qué hay del regalo?

Me mira fijamente, con desconfianza.

Probablemente, se está preguntando cómo puedo saber yo tantas cosas.

—Fue... algo casual —confiesa—. Míster Vaillant me invitó a una cacería. Hizo un comentario. Dijo que un hombre tan rico como él necesitaba siempre la compañía próxima de un policía experto que le protegiese... Supongo que bromeaba.

—¿Y...?

—Posee un juego de escopetas precioso. Sobre todo una «Remington» repetidora, automática, que es una maravilla. No pude evitar una exclamación de intensa admiración cuando le vi disparar con ella. Un arma verdaderamente eficaz, espléndida... De repente, Vaillant gritó: «¡Cójala!» y me lanzó el arma. «Quédese con ella. Es suya», añadió. Por supuesto, respondí que no era posible aceptar tal regalo, que era una pieza demasiado valiosa y...

—Vaillant te convenció. Dijo que se sentiría muy ofendido si le devolvías la escopeta. Y tú accediste por no contrariarle.

—¡Sí! Eso fue lo que ocurrió. No sé cómo usted ha logrado saber todo esto. Tenía la seguridad de que sólo Olney Vaillant y yo estábamos al tanto de este asunto, pero ya veo que no es así —comenta, disgustado.

Me acerco un poco más a las brasas, que están extinguiéndose, y le miro fijamente.

—Frank, hace unos minutos yo no sabía nada de eso —declaro—. Lo he averiguado a través de ti.

De pronto, se enfurece de nuevo.

—¡Así que ha estado sonsacándome, maldita sea! —brama, lleno de ira.

Me pongo en pie lentamente.

—Era un juego, Frank, un simple juego para distraernos...

Y si he adivinado todas esas cosas, imagínate que aún puedo ir más lejos.

—¿A qué se refiere? —Sus labios tiemblan, no sé si de frío, Je fiebre o de indignación.

—Lo sabes muy bien. Olney Vaillant te ofreció una importantísima cantidad de dinero *si yo no llegaba vivo a Alamogordo* —contesto sin perder de vista su expresión Sloane palidece más aun, si ello fuera posible.

—¡Mentira! —grita, absolutamente descompuesto el semblante—. ¡Todo lo que acaba de decir es falso!

Da media vuelta, muy nervioso, pero en seguida se vuelve y me encañona.

Y murmura mordiendo las palabras:

—Verdaderamente, debería acribillarle por lo que acaba de decir, Sam Warlone.

Pero yo sé que no dispararé. Aunque la mano que sostiene el revólver tiemble peligrosamente.

—¡Di la verdad, Frank! —le reto—. ¿Es cierto o no?

Masculla algo entre dientes, se deja caer sobre su asiento, sin fuerzas.

—Mentira, mentira —murmura casi ininteligiblemente.

Pero su faz se ha vuelto terrosa, su nariz se dilata para respirar el aire que le hace falta aspirar angustiosamente, dada la tensión nerviosa que le agita.

—Eso dices tú... —hablo lentamente—. Pero el accidente del avión de Erdelich es muy sospechoso. El bimotor era casi nuevo, un aparato estrenado el año pasado. Yo soy piloto y sé que este aparato posee potencia suficiente para elevarse por encima de una tempestad. Erdelich no pudo superar los 3000 metros...

Frank trata de aparentar que no me oye. Pero, evidentemente, permanece atento a todo cuanto sale de mis labios.

—Me pregunto si no perdiste a Erdelich que provocara este accidente... con el fin de poder asesinarme impunemente —sugiero, sin moverme del lugar que ocupo junto a las cenizas de la lumbre.

Sloane me amenaza, exasperado hasta el límite.

—¡No es verdad, maldito sea, Sam; eso no es verdad! —grita con todos sus pulmones—. Es cierto que Vaillant, a través de Fred Berry, su secretario, me ofreció diez mil dólares si usted sufría un «accidente casual». Pero yo..., ¡yo abofeteé a Berry y le metí en los bolsillos los billetes que él estaba entregándome!

CAPÍTULO VI

Desde el exterior, en alguna parte, resonó un agudísimo alarido.

Frank Sloane giró vivamente y se inclinó para mirar a través de los cristales de la carlinga.

En un segundo, Sam Warlone estuvo sobre él de un salto.

Sloane gimió entre dientes cuando el preso rozó bruscamente su brazo izquierdo. Pero Warlone no trataba de hacerle daño... de momento.

Se limitó a golpear su muñeca derecha con tanta contundencia que el revólver salió despedido, chocó contra el tablero de instrumentos y cayó bajo el asiento del piloto.

Sloane descompuso sus facciones en un rictus de supremo dolor. Incluso así, consiguió reaccionar e intentó golpear a Warlone en el estómago. Pero ¿cómo? ¿Con su codo derecho? Al moverlo, los huesos de la articulación del hombro crujieron siniestramente.

Y luego las rodillas de Sloane se doblaron y cayó de rodillas, pues era incapaz de soportar el vivísimo dolor.

Warlone se inclinó sobre el asiento del piloto y se incorporó vivamente, con el arma entre ambas manos.

Vigiló un momento a Sloane.

El policía permanecía en el suelo, encogido sobre sí mismo, absolutamente inofensivo.

Tranquilamente, pues, el preso desmontó el tambor del revólver y fue dejando caer al suelo hasta ocho balas, que rebotaron sordamente sobre el piso cubierto de plástico antideslizante.

Luego arrojó la munición al exterior, a patada limpia.

Dejó el revólver sobre el asiento del piloto y se acercó en dos zancadas a Sloane, que gemía sordamente, convertido en un ovillo.

Estaba registrándole los bolsillos, cuando apareció Erdelich.

Como la portezuela de la carlinga estaba entreabierta, ascendió a bordo sin producir el menor rumor.

Lentamente, avanzó dos pasos.

Sus ojos, excesivamente juntos, destellaron, animados, al ver el revólver sobre su asiento.

Luego, en cuanto lo tuvo en la mano, saltó sobre el preso, disparando lentamente...

Sólo que... se detuvo en seco al no escuchar las detonaciones.

Warlone se volvió en ese momento y clavó en él sus ojos azules.

De una sola ojeada, comprendió que Erdelich había intentado asesinarle por la espalda.

—Ya veo —dijo únicamente.

Y se incorporó.

Erdelich, despavorido, retrocedió unos pasos y... perdió el equilibrio cuando el vacío se hizo bajo su pie derecho y cayó de espaldas sobre la mullida capa de nieve que rodeaba el avión.

Entonces, Warlone se aproximó al tablero de instrumentos, se agachó e introdujo ambas manos esposadas en la bolsa de viaje de Erdelich.

Cuando Sloane alzó sus ojos extraviados vio a Warlone que, sentado tranquilamente en el asiento del piloto..., mordisqueaba con ansia una galleta.

En principio, el policía no comprendió lo que acababa de ocurrir. Esperaba que Warlone se hubiera hecho dueño de la situación, que...

Pero lo cierto era que el preso no empuñaba ninguna arma, sino... un simple e inofensivo puñado de galletas, que deglutía con evidente ansiedad.

—¡¡Erdelich!! —gritó Sloane.

El piloto asomó la cabeza por la portezuela. Vio a Sloane, apoyado en el suelo sobre el codo derecho. Y también a Warlone, a quien sólo parecían interesar en aquel instante las galletas.

Con movimientos medrosos, penetró en el avión, llevando todavía el revólver en la mano.

De improviso, Warlone interpuso sus largas piernas entre las de Erdelich y le derribó.

—Suelta el revólver, muchacho. Tú eres un asesino nato, quizá de esos que asesinan porque se sienten aterrorizados, más peligroso

que aquellos que sólo tratan de defender su vida. ¡Deja caer el revólver! —bramó Warlone.

Y Erdelich obedeció.

El arma rebotó sobre el sintasol y quedó a medio metro de Frank Sloane, el cual sólo tuvo que alargar la mano para apoderarse de ella.

—No está cargada, Frank —le previno el preso—. Yo descargué el revólver.

Al ver que Sloane buscaba en sus bolsillos, se apresuró a advertir:

—No lo hagas, Frank. Establezcamos una tregua —hablaba con voz suave, sin dejar de masticar las galletas—. Sé que aún te quedan algunas balas en el bolsillo. No las tendrías si este estúpido no me hubiera interrumpido. Pero... No intentes recargar el revólver.

Caería sobre ti y te retorcería el brazo izquierdo hasta que se desgajase del todo.

Miró con frío desprecio a Erdelich, caído sobre el piso, y añadió:

—Y me temo que falta poco para que tu brazo se caiga por sí solo.

Sloane sacó la mano del bolsillo.

—No lo comprendo —farfulló, demostrando gran confusión interior.

Warlone rió entre dientes.

—No se fíe de él, Sloane —advirtió Erdelich que se estaba incorporando lentamente—. Warlone guarda alguna carta en la manga. Cuando llegué estaba registrándole. Y el revólver lo encontré en mi asiento. ¿Pero no tenía balas...?

Warlone volvió a reír.

—Naturalmente, canalla. Sabía que intentarías asesinarme por la espalda. Lo intentaste, desde luego. Pero yo me había ocupado de eso, estúpido —se burló el preso, sin dejar de masticar y deglutir el puñado de galletas que tenía entre ambas manos.

—Ayúdame, Guss —pidió el policía.

Y el piloto le tomó por la cintura y le ayudó a ponerse en pie.

Luego, Sloane dirigió una fugaz mirada al preso.

—¿Por qué no disparó? —exclamó, como si se interrogase a sí mismo, lleno de desorientación y confusión—. Pudo hacerlo... Me sorprendió. Pero usted, Sam, se limitó a des cargar el revólver y a

registrarme. ¿Qué buscaba? ¿Las balas, las llaves de las esposas?

—Las llaves de las esposas, ciertamente. Pero no las encontré. ¿Dónde las guarda? —preguntó Warlone sin dejar de mover las mandíbulas un solo momento.

Una leve sonrisa triunfal se insinuó en los descoloridos labios del policía de Lordsburg.

—No pretenderá que se lo diga. Sam. Tomé mis precauciones. Eso es todo. Y si usted no me acribilló mientras yacía, inerte en el suelo, fue sencillamente porque sabe que no tendría ninguna posibilidad de escapar a través de la monta ña nevada. ¿No es cierto?

Warlone dejó escapar una corta carcajada.

Los ojos azules relucieron de puro regocijo.

Y comentó:

—Ustedes, los policías, no son tontos... Si entran a registrar una casa vacía y ven unas colillas, suelen decir: «¡Aquí ha habido gente...!». ¡AH!, pero si una de las colillas está encendida aún, afirman sin vergüenza: «¡Y además hace poco tiempo que se han marchado!».

Sloane gruñó una palabrota entre dientes.

—Ya veo que no le merecemos muy buena opinión. Pero ¿qué puede opinar una fiera sin entrañas como usted? —barbotó el policía, ofendido.

Warlone arrugó cómicamente la nariz y simuló olfatear el ambiente.

—Que me encantan los niños al horno con un ramito de perejil en la nariz —respondió. Y dejó escapar una larga y sardónica risotada.

Sloane calló. Se sentía demasiado humillado para volver a interpelar a Warlone.

Luego miró a Erdelich y le preguntó:

—¿Prendiste la lumbre?

El piloto desvió la mirada.

—Había amontonado ya una buena pila de leña, pero...

—¿Qué? Me pareció oírte gritar...

—¿Y quién no hubiera gritado? Vi aparecer una mancha pardusca entre los matorrales, allá arriba... ¡Lobos, hay docenas de lobos, Sloane! —chilló, descompuesto.

Detrás de ellos, volvió a resonar largamente la risa de Sam Warlone.

—¿Lobos? Ciertamente, los hay. Pero los lobos sólo emprenden sus cacerías al anochecer. Probablemente, se trataría de un alce... Abundan en estos bosques —afirmó, divertido.

Frank se dejó caer sobre un asiento. Parecía al borde de la resistencia física. Y le irritaba, sobre todo, comprobar que Warlone, con un balazo en el pecho, continuase allí masticando sus galletas como si estuviera de *camping*.

—Vete a por un poco de leña —pidió a Erdelich—. El fuego se ha apagado... ¿Tienes algo de comer, Gus?

—Tenía las galletas. Pero ese tipo... —señaló a Warlone, temeroso aún.

—Está bien. Ve a por la leña. O nos helaremos.

Pero Erdelich no se movió de donde estaba.

—No conseguirás nada de él, Frank. Este pequeño canalla está aterrado —dijo Warlone.

Y era cierto. Erdelich temblaba de miedo ante la perspectiva de abandonar el avión y arriesgarse a través de la abrupta ladera nevada.

Sloane consultó su reloj de pulsera.

—Son las cuatro de la tarde —murmuró, sombrío—. Si no almacenamos un poco de leña antes del anochecer, podemos morir de frío esta noche, a menos... a menos que nos vean desde el aire y nos rescaten.

—¿Con esta nevada? Apenas se puede ver a unos metros de distancia, conque desde lo alto... —comentó Warlone, sin dar muestras de la menor inquietud.

Erdelich encogió las piernas.

—¡Yo no salgo de aquí... solo! —chilló:

—Quítame las esposas de las manos, Frank, y yo traeré leña suficiente. Ese muchacho es un cobarde.

Sloane consideró la cuestión.

—No. No le quitará las esposas. Warlone. Para cargar un buen brazado de leña no es preciso que tengas las manos libres. Guss y yo recogemos la leña. Y usted y él la traerán hasta aquí. Por mi parte... no puedo hacer otra cosa —masculló, humillado, consciente de su impotencia.

—Vamos allá —asintió Warlone.

Y descendieron con cuidado del avión.

Ascendieron en fila india a través de la niebla esponjosa de cuya superficie emergían algunas ramas desgajadas.

El lugar ofrecía un panorama desolador. Silencioso y helado absolutamente desierto, el único rumor que llegaba hasta ellos era el leve sonido siseante de la nieve cayendo sobre las estribaciones de la montaña.

En media hora, Sloane y Erdelich habían cargado sobre los brazos del preso un gran brazado de ramas. Sloane obligó al piloto a tomar otro brazado y luego los tres descendieron hasta el avión, oculto en la barranca.

La luz había desaparecido mucho. Si se alzaban los ojos al cielo, apenas era posible contemplar aquella claridad lechosa y turbia que llegaba desde las alturas.

Descendieron la pendiente nevada, Sloane resbaló de improviso y cayó pesadamente. Un aullido incontenible de dolor brotó de su garganta.

Y en aquel momento, muy próximo, resonó un estampido.

CAPÍTULO VII

Las ramas bajas de un abeto se agitaron, dejando caer salpicaduras de la nieve acumulada sobre las frondas.

Algo se movió entre las ramas. Algo voluminoso y peludo.

Erdelich dejó escapar un chillido de susto.

—¡Un oso!

No era una fiera, sino un hombre.

La gruesa *parka* de pieles que le cubría le daba ciertamente un aspecto impresionante.

Pero a través de las pieles surgía un enorme mostacho canoso y una nariz bulbosa y encarnada.

La sorpresa debió ser mutua, porque el hombre se detuvo bruscamente al encontrarse con los tres individuos que descendían la ladera.

—¡Eeeh! —gritó Warlone—. ¡Acérquese!

El hombre se movió lentamente sobre la nieve. Llevaba unas raquetas en los pies y un moderno rifle entre las manos enguantadas.

De su espalda colgaba una liebre, de cuyo hocico aún goteaba un poco de sangre.

El desconocido se detuvo a cinco metros.

—¿Quiénes son ustedes, qué hacen aquí? —preguntó, desconfiado.

Fue Sloane quién se apresuró a responder:

—No tema, amigo. Yo soy Frank Sloane, comisario del *sheriff* de Lordsburg. El joven de mi izquierda es el piloto Erdelich. El otro... Sam Warlone, un preso peligroso. Nuestro avión capotó cuando nos dirigíamos a Alamogordo y se estrelló contra la ladera. Le mostraré mis documentos, si quiere comprobar lo que le digo —explicó el

policía.

El desconocido avanzó un poco más y volvió a detenerse.

—¡Hum! —Gruñó—. ¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo?

Sloane se impacientó.

—Verá, yo me he roto un hombro y el preso también está herido —no se atrevió a explicar que a causa de un balazo—. Este hombre es un asesino peligroso, a quien han de juzgar en Alamogordo. Urge, pues, que pueda escoltar al preso hasta su destino. Sólo pretendo que nos indique el camino hasta el próximo lugar habitado.

El obeso desconocido dejó escapar un extraño sonido que podría tomarse por una carcajada.

—¿Por qué se ríe? —Se amoscó el policía.

El hombre dio tres saltitos sobre la nieve.

—Joven, usted no sabe dónde vive —exclamó regocijado—. El lugar habitado más próximo es Santa Adelita, a sesenta kilómetros de aquí. Pero esto son las cumbres de San Andrés, lleva veinticuatro horas nevando, los caminos están borrados y caminar a través de las gargantas, los ventisqueros y los riscos es mucho más peligroso de lo que usted se imagina.

De pronto rompió a reír, sujetándose la redonda panza con ambas manos.

Señaló a Warlone con un gesto jocoso y comentó:

—Si a ese hombre le condenan a la horca, la soga puede esperarle por muchos días...

¡Palabra de Burt Kinley...!

—¿Qué quiere decir? —murmuró Sloane.

Y caminó unos pasos para reunirse con el cazador, que estaba mirando con curiosidad el avión que casi desaparecía bajo la nieve.

Kinley respondió sin mirarle:

—Amigo mío, si nos fiamos por mi pequeña radio a transistores, el frente frío que ha producido esta nevada puede durar entre una o dos semanas. Y con la nieve que ha caído, emprender el camino a Santa Adelita o a cualquier otro sitio sería propio de suicidas.

Dio una vuelta sobre sí mismo, afianzó sus raquetas sobre la nieve y se separó del trío compuesto por Warlone, Sloane y Erdelich.

—¡Espere, señor Kinley! —gritó Warlone. Y dejó caer de golpe el

pesado brazo de leña. El hombre de la *parka* se detuvo, aunque no demostró demasiado interés por lo que el preso pudiera decirle.

Sin embargo, al cabo se volvió.

—Señor Kinley, usted debe recordarme. Hace dos años estuve aquí, cazando alces con un amigo, el doctor Devine. Usted se rompió una pierna, cuando talaba un tronco, haga memoria. Entre mi amigo y yo, entablillamos su pierna rota, fabricamos una camilla y le llevamos a su cabaña. El propio Devine le escayoló la pierna, después de colocar los huesos en su sitio. Vera, yo no quiero detenerle. Sólo quería preguntarle si su pierna quedó bien.

Kinley le miró con un interés nuevo.

—¡Sí, ahora le recuerdo! Claro que... ¿Cómo se llama... Wardrove? —exclamó.

—Warlone —rectificó el preso—. Samuel Warlone. Usted nos sirvió de guía, durante los días que permanecemos cazando en estas montañas.

Kinley se dio un golpe sobre la frente.

—¡Cómo pude olvidarle, señor Warlone! El doctor Devine y usted se comportaron admirablemente conmigo. Compartieron conmigo su cerveza, su carne, su tabaco... ¡y me regalaron media docena de pieles de alce! Discúlpeme, Sam: debo estar chocheando ya.

O quizá sea el aspecto que tiene usted ahora. ¿Qué le pasa a su cara? Esas cicatrices...

Warlone rió alegremente.

—Simples caricias de unos enfurruñados amigos, señor Kinley. No tienen importancia.

Estoy bien.

Sloane y Erdelich seguían la conversación con asombrada avidez.

El cazador, que se había aproximado a Warlone, miró a éste fijamente y dijo:

—¿Qué es lo que ha dicho ese policía? Habló de usted como de un delincuente, un criminal peligroso... ¿Qué hay de cierto en todo eso?

—Usted me conoció durante unos quince días, Burt —comentó Warlone—. No es demasiado tiempo, pero juzgue por sí mismo. De todas formas, estoy dispuesto a hablar sinceramente con usted, si

nos da cobijo en su cabaña.

El viejo cazador se detuvo a considerar aquella cuestión. Pero se decidió en seguida.

—Para conocer a un hombre de una pieza, no es preciso tratarle durante largos años. Si necesitan algo, vengan conmigo —decidió.

Warlone comenzó a caminar en pos de Kinley, siguiendo las huellas de la raqueta, donde la nieve estaba un poco más apelmazada.

Al cabo, Sloane y el piloto le siguieron.

—Usted es un incauto, Frank —exclamó Erdelich confidencialmente—. ¡Nunca creí que se fiase de ese asesino! ¿Ha visto cómo ha manejado al viejo? Unos recuerdos interesados, un par de citas sentimentales... y se ha hecho con él.

Sloane se esforzó en seguir los pasos del preso.

—No seas cretino, Guss. Gracias a Sam conseguimos salir de aquí. ¿Es que no lo has comprendido? —susurró, volviéndose a cada paso—. ¡Ese viejo estaba dispuesto a abandonarnos a nuestras fuerzas... antes de que Warlone se diera a conocer!

Erdelich corrió a zancadas sobre la blanda nieve para ponerse a la altura del policía.

Y le aferró fuertemente por el brazo sano.

—¡Usted es el que no lo comprende! ¡Usted es el que no conoce la peligrosidad de ese tipo! —clamó, excitado—. Sí Kinley es amigo de él, ¿quién no le va a entregar el rifle? Estamos en la montaña. Si Warlone decidiera asesinarnos, en estas soledades, le bastaría con desnudar nuestros cadáveres y esperar a que los lobos bajen de las cresterías. ¡No dejarían de nosotros ni los huesos!

—¡Calla! —rugió Sloane, profundamente disgustado—. Eres una maravilla a la hora de dar ánimos, Erdelich.

Bajó el tono de voz y mostró un puñado de balas en la mano.

—Es Warlone quien ha abandonado toda cautela desde que vio a Kinley. Yo tengo el revólver cargado. Si le veo hacer el menor movimiento sospechoso, le mataré. De eso puedes estar bien seguro —pronunció.

Erdelich se tranquilizó.

Apretaron la marcha, pues los dos hombres que les precedían se habían adelantado casi veinte metros.

Casi estuvieron a punto de tropezar con ellos, que se habían

detenido tras el grueso tronco de un pino centenario.

Warlone tenía entre las manos una petaca de *whisky*, que se llevaba en aquel momento a los labios.

—¿Puedo ofrecer un poco a mis camaradas? —La burla latía en las palabras de Sam, dirigidas al viejo y mofletudo cazador—. Supongo que ellos no apreciarán este licor casero en lo que vale, pero me temo que si no beben un trago no tendrán fuerzas para llegar a la cabaña.

Sin aguardar la respuesta de Kinley, puso el frasco en manos de Sloane, que se lo llevó inmediatamente a los labios, bebió, tosió violentamente y lo pasó a Erdelich.

—¡Eh, eh! —rugió Burt Kinley. Y arrebató el frasco al piloto, que bebía groseramente dejando derramar el precioso licor sobre su mentón.

—¿Dónde está la cabaña? —preguntó Sloane, que tiritaba violentamente.

Kinley señaló con un gesto vago entre los gruesos troncos de coníferas.

—Hacia allá. Todavía queda un rato de caminata —respondió. Y reemprendieron la marcha.

Excepto Kinley, todos se hundían profundamente en la blanca nieve, desprovistos como iban del calzado y los complementos adecuados para caminar sobre terrenos nevados.

La nevisca no era muy intensa en aquellos momentos, pero las ráfagas de viento helado penetraban a través de sus ropas y congelaban sus cuerpos, a pesar del licor ingerido.

Se deslizaban cuesta abajo sobre el lomo de una colina rasa, cuando Sloane cayó pesadamente dando tumbos.

Se detuvo por sí solo, a treinta metros de distancia, en el fondo de un barranco. Sus labios estaban azulados y su respiración era tenue.

—Está tan débil que se ha desmayado —opinó Warlone, que se había inclinado sobre él—. Erdelich, carga con él.

El piloto dio un paso atrás.

—¿Yo? ¡Apenas puedo con mi cuerpo y me piden que cargue con él...! —lloriqueó, gesticulando como un chiquillo.

Kinley escupió sobre la nieve, con profundo desprecio.

—¿Dónde están las llaves de sus esposas, Sam? —preguntó,

encarándose con el preso.

Warlone dejó escapar un suspiro.

—No lo sé. Pero Sloane las guarda en algún lugar de su cuerpo. Las busqué, allá en el avión, pero no las encontré —respondió.

—Yo las encontraré —gruñó el cazador. Y se inclinó y arrebató los finos mocasines de los pies del policía. Las llaves cayeron sobre la nieve, Kinley las recogió, probó una tras otra en la cerradura de las esposas de Warlone y finalmente acertó. El preso, ya libre, arrojó lejos las esposas con un ademán colérico.

—¿Podrá con él, Sam? —preguntó el viejo, señalando el cuerpo exánime de Frank Sloane.

Warlone dejó escapar una corta carcajada.

—¡Qué remedio! —exclamó—. Erdelich sería capaz de despeñarse con este hombre, en el caso de que lograra elevarlo del suelo...

Se inclinó, pasó los largos brazos por la cintura de Sloane, le izó sin dificultad y se lo cargó sobre el hombro izquierdo.

—Necesitaré sus raquetas, Burt —dijo.

Y el viejo se desató ambas de los pies y las anudó a los tobillos de Warlone.

Ascendieron lentamente a través de una colina nevada, atravesaron un tupido bosquecillo de abetos, descendieron de nuevo y escalaron la pendiente de un barranco, caminaron a través de unos erizados riscos cubiertos de nieve y continúan caminando hacia la espesura azotada por la ventisca.

La cabaña apareció de pronto ante sus ojos. Una pequeña construcción de piedra y troncos, situada en una angosta vaguada protegida de los vientos del norte. Una delgada columna de humo surgía de la chimenea.

La construcción estaba tan perfectamente disimulada por el abrupto terreno y la espesa arboleda, que cualquiera podría pasar a cincuenta metros de allí sin encontrarla.

De repente, Kinley lanzó un alarido agudo y penetrante.

Ladró un perro. Un enorme perro de espeso pelaje negro y gran alzada que galopó sobre la nieve hacia los recién llegados, a los que olfateó, nervioso, mientras el viejo procuraba calmarle con frases tranquilizadoras.

Warlone, que recordaba el lugar, escaló lentamente los altos

escalones de troncos que llevaban a la cabaña.

Pero antes de llegar a la explanada sobre la que se veía una gran pila de leña, se detuvo estupefacto.

Allí, al borde de la tosca escalinata, se hallaba la mujer más hermosa que había visto en su vida.

CAPÍTULO VIII

Janice palpó la frente del niño que dormía bien abrigado sobre el camastro y retiró vivamente la mano.

—¡Dios mío! —clamó, llena de angustia.

La frente de Jerry ardía. Pero eso no era lo peor: el niño de unos nueve años respiraba con gran dificultad y se agitaba bajo la ropa con violentos estremecimientos.

—¡Dios mío, Dios mío! —repitió la joven y bella mujer retorciéndose nerviosamente las manos—. ¡Y el abuelo no vuelve aún...!

A través de los dos ventanucos apenas penetraba luz ya. Muy inquieta, Janice escuchó los ladridos del perro, en el exterior.

Salió de la casa y se asomó a la explanada que antecedió a la construcción.

Sus labios se entreabrieron un poco al divisar a los cuatro hombres que ascendían la pendiente.

Uno de ellos era su suegro, Burt Kinley. ¿Pero los otros tres...?

Un hombre enorme que vestía una chaqueta *beige* de cuero, llevaba sobre el hombro a otro. Janice se estremeció. ¿Qué significaba aquello..., nuevas complicaciones?

El hombretón que cargaba con el individuo de la chaqueta de cuero subió los peldaños de troncos con cierta dificultad. Y luego se detuvo ante ella y la contempló con profunda atención.

No dijo nada. Se limitó a aguardar a que Kinley y el otro joven llegasen a la explanada.

—¡Ah, Janice, ya estoy aquí! —resopló el viejo—. Os he traído una hermosa liebre. Ya lo sé: hubiera sido mejor un alce. Incluso lo tuve en la mira de mi rifle, pero estos hombres estaban recogiendo leña y me espantaron la caza. ¡El alce escapó...!

—¿Quiénes son? —preguntó la mujer desconfiada.

—Éste es un viejo amigo. Sam Warlone. El que lleva a hombros es un policía de Lordsburg y el más joven un piloto. Viajaban en una avioneta, pero el aparato se cayó.

—Pero ¿por qué los trae aquí? Apenas tenemos comida, Jerry está enfermo, tal vez grave... —protestó la mujer.

—Ya te he dicho que Sam es un amigo. Y a los otros no podemos echarlos a la calle —insistió Kinley—. Ya nos arreglaremos.

Avanzó hacia la mujer, dejó la liebre en sus manos y se dirigió hacia la puerta de la cabaña. Los hombres le siguieron y penetraron en el refugio. Al cabo, Janice entró también en la cabaña.

—Es la mujer de mi hijo, Janice. Su hijo, el pequeño Jerry, está enfermo y no sabemos qué tiene. Por eso está disgustada. Pero es una excelente muchacha —dijo Kinley—. Acérquese, Sam. Deje aquí a ese hombre.

Warlone atravesó la estancia y dejó caer con cuidado el cuerpo de Sloane sobre un camastro situado en una pieza próxima. Luego los dos hombres volvieron a la habitación principal, que era a un tiempo cocina y sala de estar.

El fuego casi se había apagado, aunque había una hermosa chimenea con hogar recubierto de barro. La estancia no disponía de muchos muebles: un par de sillas, varios tocones que servían de asiento, una mesa de pino y un armario alacena. Del techo de troncos colgaban algunos pocos, pedazos de cecina de color oscuro.

En la puerta estaba Janice Kinley. Inexpresiva, rígida y fría miraba fijamente la lumbre que languidecía en el hogar.

—No sabía que tuviera un hijo, Burt —observó Warlone.

El semblante del viejo se nubló.

—Lo tenía. Ben murió hace tres meses. Bueno..., se suicidó —respondió Kinley con amargura—. El era toda nuestra esperanza, pero... nos dejó.

Kinley hundió el mentón en el pecho. Warlone miró a la muchacha, pero Janice seguía mirando sin ver las escasas ascuas de la lumbre.

—Lo siento. Lo siento de veras —murmuró el preso—. Pero será mejor que nos ocupemos de los que aún estamos vivos —habló con cierta rudeza—. Al parecer, tienen a un niño enfermo. ¿Quieren que le eche una ojeada?

Janice giró la cabeza violentamente y le miró.

—¿Para qué? ¿Qué podría hacer un extraño por Jerry? Probablemente el niño morirá... —gritó. Y se echó a llorar desesperadamente.

Kinley tomó a Warlone por un brazo.

—¡Venga, venga, Sam! Jerry duerme en la habitación próxima. Creemos que padece pulmonía —dijo. Y le arrastró hacia la puerta, velada por una cortina de dril, que se veía a la derecha.

Warlone acarició la febril frente del niño y oyó su respiración. Le tomó el pulso durante un minuto y observó un ojo de Jerry, tirando suavemente del párpado inferior.

—¿No tienen medicinas? —preguntó al viejo cazador.

—Hay un cajón entero, ahí, en esa mesilla —respondió—. Pero Janice no sabe leer y yo no entiendo de medicinas. ¿Usted sí?

Warlone no respondió. Plegó sus larguísimas piernas y tiró del cajón de la vieja mesilla apolillada, cuyos encajes crujieron sordamente. Jerry despertó bruscamente al escuchar aquel ruido y se incorporó, sobresaltado, sobre el lecho.

—¡Abuelo! ¿Quién..., quién es ese hombre? —murmuró, asustado.

El viejo se inclinó sobre el niño y le acarició amorosamente.

—Cálmate, muchachito. No es nada... Vas a ponerte mejor. El... es un amigo: el doctor Warlone —mintió—. Te curaré.

Jerry se tranquilizó. Pero un momento después rompía a toser con una tos bronca y seca.

Entretanto, Warlone abría una cajita metálica que contenía una jeringuilla hipodérmica.

—Ben sabía utilizarle. El mismo nos pinchaba, cuando vino a vivir aquí con Janice y el niño. Pero nosotros... —habló Burt Kinley—. ¿Ha encontrado algo que nos valga?

—Un envase de antibióticos. Nos servirá. Pero es preciso hervir la jeringuilla y la aguja —respondió el preso.

Kinley salió y volvió unos minutos después acompañado de Janice.

Los ojos de la mujer destellaban cuando chilló:

—¿Qué vas a hacerle a mi hijo?

—Voy a hacer lo único que se puede hacer: inyectarle antibióticos. Lo que Jerry tiene no es pulmonía, por fortuna, sino

una bronquitis, provocada por enfriamiento. Si tenemos suerte, mejorará en pocos días —respondió el hombre, sin mirarla.

Pero Janice se abalanzó sobre él e intentó arrebatárle el frasco de antibióticos. Warlone la rechazó sin contemplaciones.

—Salga de aquí y no entorpezca —gruñó el hombre.

Janice se alzó del suelo y volvió a arrojarle contra el hombre, al que arañó y golpeó salvajemente.

Por fortuna, entre Warlone y el anciano lograron dominarla. Al cabo, Kinley sacó a su nuera del dormitorio.

A la luz de una vela de sebo, Warlone preparó la inyección, puso boca abajo al adormilado Jerry y le pinchó en el glúteo.

Recogió el equipo de inyecciones, arrojó bien al niño y salió.

No pareció sorprenderse mucho al ver a Frank Sloane sentado junto al fuego, al lado de Guss Erdelich.

En un rincón de la casa, Janice sollozaba sobre una silla, oculto el rostro por las manos y agitándose al compás de los hipidos.

—Déjese de gimotear —dijo Sam, tras observarla un momento en silencio—. Su hijo necesita calor, todo el calor posible. Llévelo unas botellas de agua caliente —miró al indeciso Kinley y preguntó con voz más suave—: ¿Tienen manteca?

—Sí, hay un tarro de manteca de alce. Pero ¿para qué...?

—Calentaremos un poco de manteca para preparar un par de cataplasmas que aplicaremos al niño en el pecho y la espalda. Dadas las circunstancias, es todo lo que puede hacerse con él. Dense prisa —exigió.

Janice se incorporó y fue a hacer lo ordenado, mientras el viejo sacaba el tarro de la manteca y la ponía a calentar en una sartén. Al cabo de unos minutos, Warlone volvió a entrar en el dormitorio de Jerry, ante la estupefacción del piloto y el policía, que cuchichearon algo entre sí.

Cuando salió, Sam se puso a despellejar hábilmente la liebre. Abrió su vientre, arrojó los intestinos al perro que estaba fuera y luego troceó la carne y la puso en una olla al fuego, con agua.

—Han mantenido al crío en ayunas, ¿no es cierto? —preguntó severamente a Burt Kinley.

—Janice pensó que era la mejor —respondió el viejo, tímidamente—. Y yo no me atreví a contradecirla.

—Pues debió hacerlo —observó Warlone—, la enfermedad ha

debilitado al niño.

Precisamente lo que necesita, aparte de las medicinas, es alimento sustancioso.

Haremos una sopa de liebre y su madre le llevará un buen plato. Ya veremos después.

Buscó el paquete de cigarrillos en su bolsillo, encendió uno y aspiró el humo profundamente. Luego se sentó pausadamente sobre uno de aquellos tocones próximos a la lumbre.

Se había hecho de noche. Sobre la chimenea ardía un candil alimentado con grasa de venado.

En el silencio, se escuchó un aullido lejano. El perro, que estaba fuera ladró fuerte.

Kinley abrió la puerta y dejó entrar al animal, que mostraba el pelaje erizado y gruñía sordamente.

Erdelich se asustó y pronunció una maldición entre dientes.

—No teman —les tranquilizó el veterano cazador—. Los lobos no pueden penetrar aquí. ¿No ha visto la puerta forrada de metal en su parte inferior y los hierros de las ventanas? Además, está «Korgan», mi perro, y también mi rifle. Poseo j suficiente munición para rechazar a una nutrida manada de fieras. Pero no hay que pensar en ello: los lobos disponen de abundante caza en el monte.

Pasaron unos minutos. La olla comenzó a hervir y las ramas que Kinley había arrojado al fuego ardían alegremente, iluminando con tonos rojizos los rostros de los cinco hombres que se sentaban al amor de la lumbre. Janice permanecía en la habitación de su hijo.

De pronto, Sloane no pudo contenerse:

—Desde luego, hay que admitir que es usted un hombre decidido, Sam —observó—. Llego usted aquí y se puso a organizar la vida de todos. Pero su desfachatez no tiene límites... ¡Se comporta con ese niño como si en realidad fuera un médico avezado!

El preso le miró fijamente durante un instante.

—No se puede decir que tenga mucha experiencia, pero ciertamente soy médico —declaró.

Sloane dejó escapar una exclamación a medio camino entre el asombro y la incredulidad. Pero Warlone siguió hablando sin prestarle mucha atención:

—Hace nueve años, cuando yo tenía veintiséis, terminé mi

doctorado en Medicina y Cirugía. Instalé mi consulta en Santa Fe, donde vivía mi padre y me hice con una regular clientela. Luego mi padre enfermó. Yo me empeñé en tratarle, aunque, según otros médicos, mi padre no tenía salvación. Varios especialistas le habían dado dos años de vida como máximo. Pero yo me rebelé ante la cruda realidad y decidí operarlo. Pues bien: murió en el quirófano. A raíz de aquello, olvidé la Medicina y me convertí en un piloto civil. No he vuelto a tratar a ningún enfermo, pero poseo los conocimientos necesarios para tratar la enfermedad que padece Jerry —declaró.

Sloane le miraba con admiración.

—No puedo creerlo —susurró—. No me refiero a que ponga en duda sus conocimientos médicos, sino al hecho de que un hombre culto... cometiera tan atroces asesinatos.

Kinley alzó vivamente la canosa cabeza y miró a Warlone. Tan fijamente que los viejos ojos parecían taladrar el rostro del preso.

Sus labios se movieron para formular una pregunta, pero súbitamente Warlone se incorporó, cruzó la estancia y salió.

—¿Por qué se ha marchado? —preguntó Kinley, desorientado.

Erdelich dejó escapar una carcajada.

—¡Los remordimientos, viejo; los remordimientos que no le dejan vivir! Tampoco le dejan dormir. No durmió anoche y probablemente tampoco logrará conciliar el sueño ésta —exclamó el piloto—. Dígame, Burt: ¿usted podría dormir después de haber asesinado a cinco personas inocentes? —preguntó.

El anciano se inmutó.

—¡No puedo creerlo...! —murmuró con voz queda.

Erdelich dejó escapar una risotada grosera.

—¡No puede creerlo! ¿Piensa acaso que Warlone es un angelito? —inquirió Erdelich aviesamente—. ¡Diga la verdad, Sloane!

Con un además de inmensa fatiga, Frank introdujo su mano derecha en el bolsillo interior de su chaqueta y mostró a Kinley su documentación policial.

—Se la enseño simplemente para que no tenga ninguna duda respecto a mi, señor Kinley —advirtió Sloane—. Erdelich ha dicho la verdad: Warlone cometió un quintuple asesinato. Créame, fue algo atroz, imperdonable...

El viejo movió la cabeza, conmovido y trastornado.

—¡Cuénteselo todo, Frank! Explíquele al viejo cómo ocurrieron las cosas —insistió el piloto.

Frank dirigió una rápida mirada hacia la puerta, que continuaba cerrada. En aquel momento se movió la cortina del dormitorio de Jerry y apareció Janice, que miró primero hacia los cuatro hombres que se sentaban junto a la lumbre y luego, fugazmente, hacia la puerta de la calle. Tras lo cual se acercó a la lumbre y permaneció en pie, silenciosa, detrás del abuelo Kinley.

CAPÍTULO IX

—A Sam Warlone lo expulsaron de una empresa de aviación, la Balloney Air Lines, hace un par de años —comenzó Sloane su relato—. Verdaderamente, yo no sé mucho del asunto. El asegura que era piloto, y no tengo motivos para ponerlo en duda. Lo cierto es que le despidieron. Entonces vino a Lordsburg, compró varios acres de terreno al sur de la ciudad y, según parece, se dedicó a criar unas docenas de reses de ganado vacuno...

Según Sloane, casi nadie conocía a Warlone en Lordsburg.

—Venía muy pocas veces a la ciudad. Y cuando lo hacía era para adquirir comestibles, combustible y todas esas cosas que son necesarias para sobrevivir, sobre todo cuando se vive en completa soledad y en un lugar apartado —añadió el policía.

—¿Era... soltero? —preguntó el abuelo Kinley.

—Eso parece, porque nunca le vimos con ninguna mujer —asintió Frank—. Todo el mundo le consideraba un misántropo, un ser humano que huía del contacto con los demás. Pero lo cierto es que en el plazo de dos años debió trabajar de firme, pues su rebaño aumentó y su propiedad mejoró notablemente...

Hacia el final del verano aparecieron en Lordsburg los Herrera, una familia de chicanos compuesta por cinco individuos: Lucio, el padre, Marina, la madre y los tres hijos. La mayor era Juanita, una preciosa muchacha de dieciséis años. La seguían Petra, de doce y Pancho, de diez.

A los miembros de la familia Herrera se les vio ir y venir durante una semana.

Indudablemente, el padre andaba buscando trabajo.

Y debió conseguirlo, porque a los pocos días desaparecieron de Lordsburg.

—Alguien dijo que Warlone los había empleado —declaró Sloane—. Parecían buena gente y supongo que todos se alegraron de que aquella familia hubiera resuelto sus problemas.

Pero dos meses después, exactamente el 29 de octubre, se recibió una llamada telefónica en la oficina del *sheriff* de Lordsburg.

—Era cerca de la medianoche y la voz que sonaba en el teléfono era de un crío que se expresaba en español...

En Lordsburg; había mucha gente que sabía hablar o al menos entendía aquel idioma.

Pero el oficial Creston, que recibió la llamada, no entendía ni jota, pues el procedía del Norte.

Entretanto, Panchito Herrera gritaba espeluznantemente a través del teléfono.

Hasta que llegó Sloane, que había sido avisado urgentemente. Por fortuna, Sloane vivía a menos de cien metros de distancia de la comisaría y llegó en pocos minutos.

—Al principio no podía dar crédito a lo que estaba oyendo —declaró Sloane, ante la religiosa atención de las personas que le escuchaban—. El niño acababa de gritar, en medio de frenéticos sollozos... «¡Vengan, vengan en seguida...! ¡Los han matado a todos! ¡A papá, a mamá, a Juanita, a Petrita...! ¡Vengan pronto, por favor, porque...!». Y eso fue todo lo que oí, porque la comunicación se cortó bruscamente.

Sloane había tomado nota de aquellas dramáticas frases en un bloc. Indeciso, perdió unos minutos considerando si se trataría de una broma macabra o si verdaderamente era una urgente llamada de un niño despavorido.

Como en aquel momento llegó Ted Cardiff, el *sheriff* o jefe de policía de Lordsburg, fue éste quien recibió la información y decidió.

—Quédese ahí, Frank, por si vuelven a llamar. Ahora es preciso averiguar desde qué teléfono se produjo la llamada. Utilizaré el teléfono de mi despacho —dijo.

Cinco minutos después, Cardiff volvía a aparecer.

—La llamada procedía de la hacienda de Sam Warlone, a unos veintiséis kilómetros de distancia, al sur de Lordsburg —confesó Cardiff. Y rápidamente añadió—: Usted quédese ahí, Frank, por si vuelven a llamar. Lemmon, McGray, Wimble y yo iremos a la

hacienda de Warlone y echaremos una ojeada. ¡Si se trata de una broma, el responsable lo sentirá, y lo prometo...!

Así que Frank Sloane quedó pendiente del teléfono, mientras Cardiff y otros tres policías se dirigían velozmente hacia el sur:

—Por tanto, yo no fui testigo de aquel horror —siguió narrando Sloane—. Pero me alegré de ello. Me alegré de que mis conocimientos del español me librasen de contemplar la horrible escena...

Según, supo tres horas más tarde, Cardiff y sus policías llegaron hasta la hacienda de Sam Warlone.

El automóvil que los trasladaba recorrió un kilómetro de camino y escaló la pendiente que llevaba a la casa-rancho que Warlone había construido sobre una pequeña loma.

Las luces estaban encendidas y todo permanecía en silencio.

—¡Eh, señor Warlone! —gritó el propio Cardiff—. ¿Quiere salir? Nadie respondió a sus gritos.

Casi seguros ya de que el rancho había sido escenario de algún hecho inquietante, empuñaron sus armas y penetraron en el edificio con precaución.

Hallaron el cadáver de una mujer en la cocina. La escena era horripilante: a Marina Herrera le habían cortado los brazos y la cabeza a hachazos.

Toda la cocina estaba llena de sangre: paredes, techo, suelos y muebles.

—Hay que llamar a Lordsburg —decidió Cardiff, aterrado—. El juez debe estar presente. También necesitamos un equipo de huellas, un forense y un fotógrafo. Buscad por ahí: en alguna parte debe estar el teléfono.

Retrocedieron y registraron las distintas dependencias de la casa.

El teléfono estaba en una especie de rústico despacho. Sólo había una mesa metálica, un mueble-archivo, una silla giratoria y el teléfono.

Bueno, a excepción del cadáver de Lucio Herrera, cuya visión ocultó la mesa metálica en los primeros momentos.

Lucio yacía en medio de un charco de sangre con el pecho destrozado a hachazos. La visión era tan horrible que uno de los policías. —McGray, el más joven—, no pudo evitar los vómitos.

El teléfono estaba descolgado y el cable cortado. Había huellas de dedos ensangrentados en el aparato, en la mesa e incluso en el respaldo de la silla.

—Mucho cuidado —advirtió Cardiff—. No toques nada: esas huellas pueden pertenecer al o a los asesinos.

La horrible matanza no terminó ahí: ocultos en una gran alacena, estaban los cadáveres, desnudos, de Juanita y Petra las hijas del matrimonio Herrera.

La muerte no se había cebado de forma tan monstruosa en las dos muchachas: las habían estrangulado y sujetos ambos cadáveres de sendos cordones, atados a un garfio empotrado en la pared.

Según revelaron las posteriores autopsias, ambas habían sido violadas.

En su espeluznante recorrido, los policías llegaron al establo, completamente vacío de ganado.

En un rincón, descubrieron el cuerpo de un hombre, que yacía boca arriba.

Al principio. Cardiff y sus policías imaginaron que aquel hombre. —Sam Warlone según pudieron comprobar al acercarse— también estaba muerto, pues sus ropas parecían completamente empapadas en sangre.

Pero cuando estuvieron más cerca, advirtieron que Warlone empuñaba una afilada hacha.

Yacía sobre unos fardos de paja y su aliento y sus ropas despedían un intenso olor a *whisky*.

En cuanto le zarandearon volvió en sí.

Balbuciente y torpe, se incorporó:

—¿Qué... qué diablos ha ocurrido? —preguntó, con la mirada extraviada.

Ted Cardiff rechinó los dientes.

—Eso es lo que usted va a tener que explicarnos. Inmediatamente, Warlone —murmuró, temblando de cólera e indignación.

* * *

—Warlone se negó sistemáticamente a hacer ninguna declaración. Imagino que mis compañeros no fueron con él

demasiado amables, pero ¿qué podrían hacer con un asesino sin escrúpulos, con una verdadera fiera sedienta de sangre? —exclamó Frank Sloane.

Janice se sentó sobre un tocón y tiró de su falda. La mirada ávida de Erdelich siguió aquel movimiento.

—¿Y las huellas? —preguntó la mujer, conmovida por el relato.

—Eran las de Warlone. Estaban por todas partes; huellas ensangrentadas, impresas por sus dolos —respondió el policía—. Como verán, no cabía duda Warlone era el responsable de aquella espeluznante matanza.

El viejo tragó saliva. Luego se pasó una mano por los párpados.

—Lo oigo y apenas puedo creerlo. Parece un hombre bondadoso y desinteresado, capaz de hacer un favor por cualquiera. Y, sin embargo... —Alzó vivamente la cabeza, miró a Sloane y preguntó:

—Dígame, ¿qué motivos le impulsaron a cometer esa horrible, carnicería?

—Nadie lo sabe. Sólo existen suposiciones... Quizá Warlone se enamoró de Juanita, intentó forzarla y... los suyos debieron acudir en ayuda de la muchacha. Su reacción ya la conocen: los mató a todos...

Janice suspiró.

—¿Y el niño? —exclamó—. ¡Usted dijo que el niño fue quien llamó por teléfono...!

—Así es. Panchito debió escapar a todo correr y logró llegar hasta el teléfono, que Warlone arrancó posteriormente. Pero finalmente el pobre niño tampoco consiguió escapar a la furia del asesino...

—¿Lo encontraron?

—Sí. Muerto, ahogado. Warlone se conformó con arrojarle al pozo. Supongo que estaba ya tan borracho que no tuvo serenidad para idear otra forma de asesinato —contestó Frank.

Kinley se acarició frenéticamente la barba, muy crecida y canosa. Sólo se oía ahora el borboteo de los trozos de liebre cociéndose en la olla.

—Es extraño... —murmuró el viejo.

—¿Qué...? —inquirió Sloane.

—El relato que acabamos de escuchar. Para mí, Sam no es el hombre capaz de cometer un crimen tan monstruoso... ¿No han

visto, hace un rato? Lo primero que hizo fue preocuparse por mi nieto, enfermo. Su figura, su carácter, no encaja en el de un asesino tan despreciable. Y además...

—Diga.

—Usted mismo ha dicho que encontraron a Warlone con una borrachera fenomenal. Un hombre tan borracho no sería capaz de correr detrás de unas muchachas jóvenes como las hijas de Lucio Herrera. Entre todos, le hubieran dominado y reducido. Quizá consiguiese alcanzar a alguno con aquel hacha, pero un hombre ebrio se tambalea, se siente torpe...

Sloane interrumpió a Kinley:

—También nosotros pensamos en ello, aunque de todas formas las pruebas eran concluyentes. En cuanto a la cuestión que usted plantea, nosotros respondimos a ella así: Warlone no estaba tan borracho cuando atacó a los Herrera. Es posible que incluso no hubiera ingerido una sola gota de alcohol, pues según se demostró en la encuesta era un hombre poco adicto a los licores. Pero una vez cometido el quíntuple asesinato, debió pensar que lo mejor era encontrar un atenuante, haciéndonos creer que era el exceso de alcohol lo que le había impulsado a cometer tan atroces excesos —explicó—. Es decir, se emborrachó después de perpetrar los crímenes.

Burt se rascó la canosa pelambrera.

—¿Y no hubiera sido más aconsejable para él emprender la huida? —planteó.

Frank no supo qué responder por el momento.

Pero reaccionó en seguida.

—Bueno, creo que he olvidado un detalle: cuando sacamos de allí a Warlone, vimos que cojeaba aparatosamente. Alzamos la pernera de su pantalón y descubrimos que se había dado un tajo profundo con el hacha en el pie. Sin duda, él mismo se había herido en su furor homicida, de forma que le era absolutamente imposible emprender la huida en tales circunstancias.

Hizo una pausa y añadió:

—Hace tres semanas de ello y la herida de Warlone está casi curada ya. Pero pídanle que se descalce y verán la cicatriz —añadió.

CAPÍTULO X

En verdad, no es la furia lo que me ha obligado a levantarme bruscamente y a separarme de ellos.

En el fondo no me importa que Frank Sloane se refiera a mi como a un asesino. Pero sé lo que vendrá: Kinley sentirá curiosidad, interrogará al policía y éste les contará lo que sabe. Me enfurece que un hombre sencillo como Burt Kinley piense en mi como en un asesino, como en un carnicero.

¿Y ella, que pensará ella?

Es una mujer maravillosa. Debe tener sangre india en las venas. Es muy joven y esta preocupada y aterrorizada.

Pero ahora, cuando vuelva ahí dentro, ellos me mirarán fijamente y después retirarán sus ojos de mí con desprecio y, lo que es peor, con pánico.

No sé cómo reaccionaré. Es mi propia reacción lo que más me intranquiliza.

No cesa de nevar. Y el viento sopla gélido, inclemente. Los lobos aúllan quejumbrosamente en el bosque. A ellos no les importará demasiado la nieve, sino la necesidad de encontrar una presa, perseguirla, acosarla y despedazarla.

Pero yo me siento aterido, exhausto, hambriento y... triste.

A pesar de todo, aguanto aquí, a la intemperie bajo la densa nevada, mientras ellos se reúnen al amor de la lumbre, cómodamente sentados.

Y al fin y al cabo, ¿qué me importan a mi las miradas de reproche o de repugnancia de Kinley y su joven nuera? A lo largo de estas últimas semanas, he tenido que soportarlo todo, desde bofetadas hasta puñetazos; desde golpes con la matraca en las puntas de los dedos hasta culatazos en el estómago. Y además,

injurias increíbles, vejaciones, escupitajos...

Doy media vuelta y empujo la puerta.

Sloane está esperándome, es evidente, porque tiene el revólver en la mano y parece decidido a todo.

—Quédese quieto y todo irá bien. Sam —dice—. Mi deber me obliga a tomar precauciones. Le agradezco que tuviera atenciones conmigo, como la de traerme a hombros hasta aquí, pero mi profesión me obliga a cumplir las instrucciones que recibí.

—¿A qué viene toda esa verborrea? —pregunto irónico.

—Usted se deshizo de las esposas y de las llaves, pero yo debo asegurarme de que no intentará huir o acometernos. Tengo que atarle las manos.

—¿Tú? —pregunto, atónito, sabiendo de sobra que su hombro está roto.

De repente, alguien me ataca desde detrás de la puerta. Me he descuidado. La puerta me tapaba el lugar donde debía estar Erdelich, que salta sobre mi de improviso y me golpea contundentemente con un leño en el parietal izquierdo.

El golpe repercute sonoramente en mi cerebro. Las rodillas se me doblan y caigo hacia adelante pesadamente...

* * *

Burt Kinley se volvió furiosamente hacia el policía.

—¡Está herido, gravemente herido! —estalló el anciano, fuera de sí.

Sloane esquivó la mirada.

—Es cierto, un balazo en el pecho —y como justificándose, añadió—: ¡No pude evitarlo, el preso intentó escapar!

El anciano gruñía entre dientes y sus labios temblaban de pura indignación.

—¿Por qué no me lo dijeron? Yo mismo le hubiera curado esa herida, que está sangrando ahora de forma incontenible. ¡Son ustedes unos...!, —barbotó, fuera de sí.

Sin soltar el leño que aún aferraba con la mano derecha, Erdelich gritó:

—¡Cállese, viejo...! ¿No ha oído al comisario Sloane? Warlone es peligroso, un criminal peligroso.

El viejo le dirigió una fría mirada despectiva.

—No sé quién será más criminal...

Erdelich apretó las mandíbulas. Pero Sloane advirtió:

—¡Siéntate! Y deja ese palo.

El anciano, volvió a mirar, tembloroso, la sangre que empapaba el jersey de Sam Warlone.

—¡Se desangrará! Se desangrará si no hacemos algo por él — clamó, inquieto.

Sloane carraspeó, nervioso.

—¿Qué quiere que haga? Yo no sé curar heridas... Además, tengo el hombro izquierdo roto y astillado. Tengo fiebre —se disculpó.

Kinley dirigió una mirada a Erdelich pero finalmente decidió prescindir de la ayuda de aquel salvaje muchacho.

—¡Ayúdame, hija, ayúdame! Descuelga esa piel de alce de la pared y tiéndela junto al fuego. Así... Ahora tómale por los brazos. Ya lo sé, pesa mucho, es un hombre de una pieza. ¡Vamos, un esfuerzo más! Bien... Ahora pondremos agua a hervir, le desnudaremos y veré esa herida. ¡Que el Todopoderoso ponga firmeza en mi pulso!

Media hora después, Janice y el viejo contemplaban el pecho desnudo de Sam Warlone.

A pesar de que el torso era musculoso, bronceado y velludo, se podían ver fácilmente los numerosos hematomas que cubrían extensas zonas del pecho varonil.

—Es indigno lo que han hecho con este hombre..., aunque sea un asesino —gruñó el viejo, al tiempo que limpiaba los cuajarones de sangre con un trapo limpio empapado en agua hirviendo.

Erdelich frunció los delgados labios en una mueca. Sloane miraba fijamente las ascuas.

Desinfectada la herida, Burt tocó con la punta de una navaja la bala que Warlone llevaba incrustada bajo la clavícula.

Entretanto, el viejo no cesaba de maldecir y barbotar.

—No creo que sea un asesino, ¡qué diablos! Pero si lo fuera, no cabe duda de que es mucho más hombre que otros que yo sé... Se ocupó de usted, polizonte, se preocupó por mi nieto... ¡Un balazo en el pecho, y ni siquiera se quejó, válgame Dios!

Sacó fácilmente el pedazo de plomo blindado y observó el

hueso. La clavícula no parecía dañada ni astillada. Kinley puso una torunda de tela entre las puntas de las tijeras y limpió escrupulosamente la herida.

Después, eficazmente auxiliado por su nuera, añadió un ungüento, introdujo un apósito y vendó con lienzo limpio. Luego Janice puso un cojín bajo la cabeza del herido y le cubrieron con una manta.

Cuando hubieron terminado, el animoso y viejo cazador cogió su rifle y encañonó bruscamente a Guss Erdelich que se estremeció de espanto y sorpresa.

—Y no se les ocurra siquiera intentar maniatar a este hombre ¿de acuerdo? —Sloane asintió de mala gana—. ¡Y a usted! —Se dirigía nuevamente a Erdelich— ¡A usted debería arrojarle fuera de esta cabaña para que los lobos hambrientos se alimentaran de su despreciable carroña!

Erdelich se puso lívido.

—¡Oiga, no estará pensando...!

—¡Por supuesto que sí! Pero Burt Kinley tiene dignidad y sentimientos. Quédese donde está y muévase lo imprescindible. No les permitiré que martiricen a este hombre mientras permanezcan en mi casa —especificó con gran entereza.

Sloane se movió intranquilo.

—¿Quiere bajar el cañón de ese rifle? —pidió—. En su estado de nervios, el arma podría disparársele accidentalmente...

Kinley bajó el arma.

—Seguro que no sería *accidentalmente* —gruñó, irritado aún.

—Escuche, señor Kinley —dijo Frank, con severidad—. Usted parece haber olvidado que soy un policía, un agente de la autoridad. Amenazarme podría costarle caro.

—Usted es policía, ya se ve —murmuró el viejo, con sorna—. No le importó valerse de ese zorro traicionero para abatir a Warlone... Está bien: cuando puedan salir de aquí, usted se llevará a Sam. Supongo que ése es su deber... —rezongó—. Pero mientras estén en *mi* casa, nada de violencias. No necesito decirles que velaré a Warlone y me cuidaré de que nada le ocurra.

Apoyó el rifle en el muro forrado de barro rojo y se dejó caer con un resuello en una de las rústicas sillas.

En ese momento, Janice salía del dormitorio de su hijo. A Kinley

no le pasó desapercibida la avidez con que Erdelich seguía hasta el menor movimiento de la joven.

—¿Cómo está Jerry? —preguntó el abuelo con cierta ansiedad.

—Mejor —respondió la mujer con un suspiro—. Le está bajando la fiebre.

Puso una mano sobre el hombro del viejo y susurró:

—Acaba de despertar. Dice que quiere ver al doctor Warlone.

Kinley se frotó furiosamente la roja y bulbosa nariz. ¡Jerry quería ver al *doctor* Warlone!

¿No era todo un prodigio?

—Quiere preguntarle si puede comer. ¡Jerry tiene hambre! —añadió Janice, sin disimular su júbilo.

El viejo sonrió levemente.

—Dale de comer cuanto quiera... ¿No lo dijo el doctor Warlone? Pues hay que obedecerle —exclamó.

Y retuvo por un brazo a su nuera.

—¡Ah, Janice! No le digas al niño que Sam está herido. Dile, simplemente, que el doctor Warlone estaba muy cansado y ahora se ha echado a descansar —recomendó.

La mujer asintió. Fue al armario y sacó un plato, una cuchara y un poco de pan. Llenó el plato de sopa, añadió un poco de carne y se alejó hacia el cuarto de su hijo.

—¡Doctor Warlone! —se mofó Erdelich, entre dientes, de modo que sólo le oyera Sloane—. ¡No creo una sola palabra de esa historia! Aunque desde luego ese tipo es capaz de liar a Dios y a su madre...

Frank no le oía.

Apoyada la cabeza en el muro, se encontraba completamente amodorrado, con las facciones enrojecidas y febriles.

Al cabo de un rato, Janice volvió y puso la mesa entre los tres hombres. Sirvió carne y caldo en tres platos y dejó en la mesa una bandeja de zinc con algunos trozos de pan y medio queso de cabra.

Erdelich se lanzó ávidamente sobre la comida. Y el abuelo le imitó un momento después.

—¡Eh, polizonte! —rugió Kinley, al advertir que Sloane continuaba amodorrado—. ¡Es que no va a comer!

Frank despertó sobresaltado.

—¿Qué..., qué? —murmuró, desorientado.

—Coma —le instó el viejo—. La comida está en su punto. Warlone la preparó.

Un rictus desabrido se plasmó en los labios del policía.

—No puedo comer, no tengo ganas... Sólo necesito descansar —respondió.

—Si no come, seguro que descansará para siempre —exclamó el viejo, festivamente.

Finalmente, Frank tomó su cuchara y probó un poco de aromático caldo oscuro.

—No puedo aguantar más —balbuceó—. Llevo más de cuarenta y ocho horas con el hombro roto. Como dijo Sam, los huesos deben haberse astillado. Apenas siento el hombro, debe haberse hinchado. Y también el brazo...

Kinley movió la cabeza con reproche.

—Ustedes están locos —expresó—. El único hombre que puede hacer algo por usted, Sloane, es precisamente Sam Warlone. Es médico, ¿no lo oyó? Y lo ha demostrado muy bien. Seleccionó un medicamento, me dio instrucciones y no vaciló en disponer las cosas para ponerle una inyección a mi nieto. Y Jerry está mucho mejor.

—¿Y qué? —Gruñó Erdelich, despectivo.

Kinley le miró atravesadamente.

—Usted me cae gordo, muchacho —dijo sin ambages—. Mejor es que esté callado mientras no le pregunten. Y en cuanto a usted, Sam, si los huesos de su hombro están astillados, necesita una intervención quirúrgica. Es muy posible que Sam hubiera podido hacerle una operación de urgencia.

Pero ustedes se han ocupado de dejarlo fuera de combate. No sé qué solución tendrán las cosas para usted, Sloane, pero ciertamente su situación es muy grave, tal vez gravísima...

Frank alzó el rostro vivamente.

—¿Gravísima? No lo creo. ¿Por qué...?

—Las esquiras se le habrán clavado en la carne. Y esto puede producir gangrena Créame, tengo cierta experiencia acerca de las fracturas de huesos... Yo mismo estuve a punto de perder un brazo, hace unos veinte años —afirmó el cazador.

Sloane se atragantó con una cucharada de caldo.

—A mí no me ocurrirá nada de eso —declaró, irritado—. Porque

mañana mismo habremos escapado de aquí.

El viejo le miró a través de sus burlones ojillos grises.

—¿Cómo, si puedo saberlo? —quiso saber.

—Cuando llegamos aquí, Erdelich vio un galpón abierto, a la derecha de esta cabaña. Y dentro había un *jeep*. Supongo que no se irá a negar a prestar un servicio a la policía —sugirió Sloane.

Kinley se encogió de hombros.

—¡Por mí...! En fin, pueden utilizar el *jeep*, si eso les sirve de algo. Pero antes permítame advertirle: con la nieve que ha caído, no existen caminos visibles. Ni siquiera un conocedor de estos vericuetos, como yo, se arriesgaría a despeñarse al fondo de una garganta, aunque en el mejor de los casos, el vehículo quedaría atrapado en la nieve a los pocos kilómetros...

—Incluso así. ¿No comprende lo apurado de mi situación? No se trata de encontrar un médico que se ocupe de mi hombro, sino de mi responsabilidad. Debo entregar a Warlone cuanto antes, sea en Alamogordo o en otra población cualquiera. De modo que utilizaremos el *jeep*.

De repente, Kinley rompió en una larga carcajada que sobresaltó a Erdelich.

—¿De qué se ríe? —preguntó el policía.

—Se me olvidaba lo principal: el motor del *jeep* está averiado desde finales del verano —declaró—. Por eso Jerry, Janice y yo estamos aquí todavía.

CAPÍTULO XI

El estampido despertó a Warlone, que se incorporó bruscamente sobre su rústico lecho.

Parpadeó.

En la cabaña no había nadie, por lo menos a la vista.

Prestó atención. Al cabo de unos segundos, volvió a oírse otro estampido, ahora más lejano.

Dirigió una viva y rápida mirada a su alrededor. El rifle de Burt Kinley no estaba en su sitio habitual, junto al hogar.

—Pero, además, eso no parecían disparos, sino explosiones... — se alarmó Warlone.

Se incorporó despacio.

Le dolía la cabeza, pero se sentía un tanto repuesto del cansancio. Durante la noche, el viejo le había despertado para darle de comer y ahora Sam se sentía más fuerte y entonado. En cuanto a la herida del pecho, sólo un leve escozor le recordó su existencia: apenas le molestaba.

En aquel momento oyó un leve quejido. Suponiendo que era Jerry quien habíase quejado, caminó hacia el dormitorio, separó la cortina y miró.

Jerry dormía apaciblemente, su respiración era casi regular. Se aproximó, le tomó una mano y comprobó el pulso. El chico apenas tenía fiebre.

¿Quién había gemido, entonces...?

Volvió a la estancia principal, la cruzó y penetró en el dormitorio frontero.

Allí estaba Frank Sloane, arropado con una manta y quejándose sordamente. Le tocó y advirtió que su frente, ardía literalmente. A pesar de ello, el joven policía se estremecía con violentos

escalofríos.

En aquel momento, sonó el chirrido de la puerta. Sam se asomó y vio entrar a Janice.

—Pero ¿qué hace ahí, levantado? —se escandalizó ella.

—Me despertó algo semejante a una explosión —respondió el hombre—. Luego oí un quejido, creí que era Jerry... Pero era Sloane quien gemía. Este hombre está muy mal.

Necesita un médico. Si no le atienden, puede declarársele la gangrena. Y en el lugar en que tiene la fractura, ni siquiera cortarle el brazo serviría de algo.

La mujer quedó pasmada.

—¿Y usted se preocupa por la suerte del hombre que va a conducirlo al patíbulo? —exclamó, incrédula.

Warlone sonrió débilmente.

—Bueno, él no es culpable. Sólo cumple con su deber. Y se supone que lo que yo merezco es precisamente el patíbulo —dijo.

También al hombre le sorprendió sobremanera el comentario de la bella muchacha:

—Nadie merece el patíbulo. Y menos usted.

—Pero ¿cómo puede estar segura? —exclamó el hombre, estupefacto.

Ella le miró fijamente a los ojos.

—Soy una mujer elemental. Jamás viví en una ciudad ni aprendí a leer —expresó con sencillez—. Pero tengo ojos en la cara y una cabeza que piensa. Me basta con ver lo que hizo usted anoche por mi hijo, a pesar... a pesar de que yo me comporté como una salvaje.

—No se confíe —advirtió Warlone, mansamente—. Hay peligrosos asesinos que de vez en cuando dejan escapar un destello de humanidad.

Pero Janice denegó tenazmente.

—No me refiero solamente a Jerry. Le he oído hablar, expresarse... Sin violencia ni rencor. Ahora mismo está compadeciendo a ese policía. Y probablemente está pensando en operarle usted mismo —sugirió.

Curiosamente, Sam se turbó al oír estas palabras.

—¿Qué podemos hacer, dejarle morir? —repuso, imponiéndose rápidamente a su turbación.

—Ellos no dudarán en dejarle morir a usted...

—Pero *creen* que soy un feroz asesino. Lo que me sorprende es que usted piense de otra manera... ¡Y sí, hemos de hacer algo por Sloane! Usted misma podría ayudarme. —No le tengo mucha simpatía a ese policía, Y mucha menos a ese desagradable individuo, el piloto... Pero si usted me lo pide, haré lo que sea—respondió la joven.

Las duras facciones de Warlone se plegaron en una sonrisa tan radiante que la mujer parpadeó, deslumbrada.

—Entonces, manos a la obra. Habrá que preparar mucha agua caliente. Y alcohol Reúna todos los instrumentos de cocina que piense puedan servirnos de algo, hierva trozos de tela blanca... Naturalmente tendremos que esperar a que vuelvan su abuelo y Erdelich.

¿Dónde están? —preguntó Warlone.

—El abuelo salió a cazar. En cuanto a ese tipo, está en el galpón intentando poner en marcha el *jeep*, aunque no creo que lo consiga —sus labios se plegaron en un rictus de repugnancia—. No puedo soportar a ese individuo: me sigue con la mirada adonde quiera que voy. Se diría que está tratando de... desnudarme con la mirada.

—No tema. No se atreverá a molestarla. Yo me cuidaré de ello... Por cierto, ¿oyó esas explosiones? —preguntó el hombre.

Janice vaciló.

—Sí, las oí Y me siento preocupada por el abuelo Nunca oímos deflagraciones semejantes en este lugar. Tal vez sea muy lejos de aquí. Barrenos, quizá. El abuelo lo averiguará. Entretanto, siéntese: le prepararé algo de comer —le indicó ella.

Warlone obedeció.

Janice puso unos pedazos de tocino en la sartén añadió un buen pedazo de cecina y un poco de vino.

En seguida un fuerte y agradable aroma se expandió por la estancia.

La joven puso un plato sobre la mesa y Warlone devoró las viandas en un santiamén.

En aquel momento se oyeron pasos sobre la nieve, que crujía bajo los pies de alguien que se aproximaba a la casa.

La puerta se abrió en seguida y apareció Burt Kinley, cubierto de nieve hasta la nariz y con el rifle al hombro.

Al ver a Warlone, su expresión se animó.

—¡Ajá! —exclamó—. Parece milagroso, Sam: ¡es usted otro hombre! Me alegro que se haya recuperado —miró a izquierda y derecha con gran interés y exclamó—: Por cierto, ¿dónde está ese granuja de Erdelich?

—En el galpón, tratando de poner en marcha el *jeep* —le informó Janice.

Kinley les miró, socarrón.

—Es un estúpido. Jamás logrará arrancar el motor. ¡Voy a por él!

—¿Para qué? —quiso saber Warlone.

—He abatido un venado, a menos de un kilómetro de aquí. Y con eso tendremos carne fresca y abundante. Tengo un pequeño trineo en el galpón, para cargar la pieza, pero es demasiado esfuerzo para mí solo. Convenceré a ese bribón para que me eche una mano —explicó el viejo.

A Janice se le animó el semblante ante la perspectiva de disponer carne fresca para su hijo.

Pero Sam detuvo al cazador.

—Espere un momento, Burt... ¿No oyó unas misteriosas explosiones? —preguntó Warlone.

Kinley se limpió de un manotazo los copos de nieve que se licuaban sobre su roja nariz.

—No quería hablarle de eso, Sam...

—¿Por qué? —preguntó el preso, estupefacto.

El cazador bajó el tono de su voz y explicó en un susurro:

—Oí las explosiones e incluso contemplé un vivo resplandor a través de los abetos.

Tenía miedo, lo confieso, pero también una gran curiosidad. Sobre todo porque calculé que las explosiones se habían producido precipitadamente en las proximidades del lugar donde cayó el avión...

—¿Está seguro? —Warlone parecía un tanto inquieto.

—Segurísimo, después de comprobar lo que había pasado allí. Pero déjeme que le cuente las cosas a mi manera. Llevaba un rato escuchando un rumor sospechoso. Era... como uno de esos helicópteros, aunque no logré ver el aparato, ya sabe que sigue nevando sin cesar, aunque el viento se ha calmado.

—¿Y bien...?

—Algunos pinos estaban ardiendo aún cuando llegué allí, aunque yo mismo me ocupé de atajar el fuego. Nada peligroso, porque la nieve hubiera extinguido el fuego en pocos minutos. El avión, Sam, estaba destrozado, pulverizado, con vertido en pedazos del tamaño de mi mano. Y la nieve se había fundido en una gran extensión. Debieron arrojar dos o tres cargas de gran potencia... Pero, en fin —añadió rápidamente—, usted sabrá mejor que yo lo que significa esto. Lo que hice fue apartarme de aquel lugar cuanto antes.

—¿Se había alejado ya el helicóptero? ¿Sabe qué rumbo tomó? —indagó Warlone, sumamente interesado.

—No vi nada en el cielo, ni volví a oír el zumbido del aparato —contestó el anciano—. Sólo se oía el crepitar de los troncos de los árboles ardiendo y los crujidos de los fragmentos de planchas, aún candentes. Como le dije antes, me apresuré a alejarme de aquel lugar en seguida. —Se frotó repetidamente las enguantadas manos e inquirió—: Dígame, Sam: ¿tiene usted alguna idea al respecto? ¿Sabe por qué los del helicóptero pulverizaron desde el aire los restos del avión?

Naturalmente que Warlone tenía alguna idea.

Sólo que... la explicación era tan siniestra que ni siquiera se atrevía a exponer sus pensamientos en voz alta.

Probablemente, el helicóptero había rastreado una amplísima zona antes de encontrar los restos del avión siniestrado.

Destrozar un avión estrellado contra el suelo parecía absurdo. Pero podía tener alguna explicación si los del helicóptero habían imaginado que Warlone, Erdelich y Sloane se encontraban dentro del aparato.

En pocos segundos, Sam llegó a una conclusión: lo que habían pretendido los del helicóptero era borrar toda huella del avión y, sus pasajeros.

Y aquella idea era suficiente para poner los pelos de punta.

—¿Qué es lo que piensa? —insistió el cazador, impaciente.

—Nada. No logro hallar ninguna explicación plausible. A menos... a menos que se trate de algún loco empeñado en adiestrarse en prácticas de tiro —respondió, sombrío.

En aquel momento, Sloane volvió a quejarse.

—Vayan a por el alce —pidió Warlone—. Y vuelvan en seguida.

Vamos a necesitar su ayuda, Burt.

—¿Qué se propone? —quiso saber el anciano.

Warlone se lo explicó. Era preciso intervenir al policía antes de que se presentase la gangrena.

—Muy bien. Voy a buscar el trineo y pediré a Erdelich que me acompañe —asintió Kinley.

Salió de la cabaña y caminó hacia el galpón.

Guss, que estaba de bruces sobre el motor del viejo *jeep*, se incorporó al oír las pisadas del cazador.

Estaba manchado de grasa y suciedad hasta la frente, pero no debía haber adelantado gran cosa.

Y parecía muy enojado.

—¡Oiga! —exclamó en cuanto vio a Kinley—. ¡Aquí faltan dos bujías...!

El anciano se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —respondió—. Era mi hijo quien se ocupaba del *jeep*. Y ahora, deje eso y acompáñeme. Tenemos que arrastrar un alce hasta la cabaña antes de que las alimañas se ceben en la presa.

Erdelich se encrespó.

—¿Qué diablos me cuenta a mí? Vaya usted. Yo tengo que seguir con el coche. He de encontrar un par de bujías, aunque sean viejas... ¡Este trasto tiene que caminar como me llamo Erdelich! —Gruñó.

Kinley retrocedió dos pasos y accionó la palanca de su rifle. Al escuchar el característico chasquido que produce la bala al alojarse en la recámara, Erdelich se sobresaltó.

—Probablemente dejará de llamarse Erdelich si no me ayuda a traer el alce —especificó el viejo cazador con toda entereza—. Deje eso y acompáñeme.

—¡Está bien, está bien! —chilló Guss—. Pero aparte esa arma. A su edad, las manos no son muy firmes y es posible que el rifle...

Cogió un trapo, se limpió sumariamente las manos y salió del galpón. Kinley le indicó que caminara delante de él y le siguió, sin perderle de vista ni un momento.

CAPÍTULO XII

Llevaban cuatro días en la cabaña de Burt Kinley.

Aquella mañana había salido el sol. Los rayos del astro se reflejaban sobre el paisaje nevado con tal fulgor que era imposible soportar el fortísimo resplandor sin sentirse cegado.

El espesor de la nieve alcanzaba un metro de grosor, de tal modo que el viejo y Erdelich se habían visto obligados a mantener dos pasillos expeditos desde la puerta principal de la cabaña, uno de los cuales se dirigía a la leñera y el otro al pequeño establo donde Kinley tenía media docena de cabras y una vaca.

Jerry estaba prácticamente repuesto de su bronquitis febril, después de cuatro días de recibir los intensos cuidados prescritos por Sam Warlone.

El muchacho se levantaba a ratos y permanecía silencioso junto al fuego, aunque sus ojos destellaban de admiración al contemplar a aquel hombretón llamado Sam Warlone.

Frank Sloane seguía en cama. Durante aquellos días había padecido fiebres altísimas.

Durante el sueño, hablaba constantemente y en su delirio pronunciaba algunas frases que Sam había escuchado con suma atención.

Pero ya comenzaba a reponerse e incluso comía con gran apetito, si bien había adelgazado muchos kilos y sus facciones estaban demacradas y macilentas.

En cuanto a Guss Erdelich, parecía un león enjaulado. Dentro de la cabaña, paseaba de un extremo a otro sin cesar, murmurando entre dientes:

—¡Esas malditas bujías! ¡Tienen que estar en alguna parte...! El motor está intacto, no hay ninguna avería...

A veces, abandonaba bruscamente la cabaña y se pasaba horas enteras en el galpón.

Probablemente, buscaba las dos bujías que faltaban. Pero no debió encontrarlas, porque su agitación y su impaciencia iban en aumento a medida que transcurrían las fechas.

Por desgracia, la mejoría que se podía apreciar en las condiciones climáticas no iba a durar mucho más de unas horas, según los partes meteorológicos que Sam Warlone escuchaba en la pequeña radio a transistores de Burt Kinley. Se anunciaba un nuevo frente frío desde el Norte, que originaría nuevas tempestades de nieve sobre la parte Sur de los Estados Unidos. Según los pronósticos, hacia el mediodía la temperatura descendería y se producirían nuevas precipitaciones de nieve.

Sam salió un momento al exterior y contempló los cúmulos nubosos que se acercaban lentamente desde el Norte por encima de los picachos de San Andrés.

Cuando volvió al cálido interior, Janice le dijo que el policía quería verle.

Penetró en el dormitorio de Frank Sloane y le halló más despabilado y animoso.

—¿Cómo consiguió hacerlo? —preguntó Sloane, asombrado.

—¿A qué te refieres, Frank?

El policía se golpeó con las yemas de los dedos su brazo izquierdo, escayolado con una pasta negruzca, pero lo suficiente sólida.

—Mi hombro, el brazo... Ya no me duele. ¿Qué es lo que hizo? —insistió Sloane.

—Lo que podía hacerse —respondió Warlone, con voz mesurada—. Practiqué una incisión, desinfecté con sulfamidas limpié las lesiones producidas por el astillamiento, coloqué un alambre y... volví a coser.

—Pero ¿con que? ¡No me diga que Kinley posee un equipo quirúrgico adecuado!

—Por supuesto que no. Tuve que utilizar herramientas rudimentarias, menaje de cocina. Afilamos un cuchillo delgado, hervimos las herramientas... Luego cosí la herida con hilo de coser... ¡No había otra cosa! —replicó Warlone.

—¡Pero...!

—Esperemos que no se produzca infección. He estado administrándote sulfamidas: es todo lo que los Kinley tenían a mano. De todas formas, hemos llevado a cabo la operación en las mejores condiciones asépticas. Si todo va bien, tendrán que volver a intervenirle más adelante para extraerte ese alambre de acero que sujeta las esquiras.

—¡Dios mío, parece imposible! Una operación quirúrgica llevada a cabo con tan escasos medios —exclamó el joven policía, desconcertado—. ¿Cómo consiguió escayolarme el brazo, Sam?

—Janice encontró un puñado de yeso en el galpón. Pero era muy poco y tuvimos que mezclarlo con..., con ceniza para obtener una cantidad de pasta suficiente. Después empapamos tiras de lienzo en la pasta y... eso es todo. He dejado, como puedes ver, una abertura a la altura de la incisión, para que la herida cicatrice y posteriormente pueda arrancarte esos puntos de hilo de coser..., en el caso de que continuemos juntos.

—¿Qué quiere decir?

—Ya puedes imaginártelo: en cuanto el tiempo mejore, intentaré escapar. —Warlone dejó escapar un contenido suspiro y añadió—: Aunque entre tú y yo no existe ninguna clase de confianza, seré sincero: antes no me importaba morir, aunque me hubiera opuesto tajantemente a ser ejecutado. Pero ahora algo ha cambiado dentro de mí: tengo ansias de vida. De modo que... me fugaré en cuanto pueda. Y nadie podrá impedirlo.

A Sloane le impresionó profundamente el tono tenso y decidido del preso. —Dejemos eso— propuso, violento—. Sam, le he llamado para darle las gracias. No puedo entender por qué se comportó tan generosamente conmigo. He estado pensando en eso. Sinceramente, en su situación, yo jamás me hubiera conducido tan desinteresadamente.

—Sí, supongo que sí, Frank. Pero no importa. De todas formas, celebro que empieces a recuperarte —respondió Warlone—. He observado día a día la incisión y parece que cicatriza bien. Por de pronto, la fiebre ha cesado. Creo que lo peor ha pasado.

—Gracias, Sam —respondió Sloane, íntimamente emocionado.

Pero Warlone dio la vuelta bruscamente y abandonó el dormitorio. Frank quedó pensativo.

La estancia principal estaba desierta. El fuego ardía en el hogar

y el sol penetraba a través de los dos angostos ventanucos.

Jerry dormía apaciblemente en su cama, pues sólo eran las once de la mañana y el muchacho necesitaba reponerse del achuchón de la enfermedad, Burt había salido al monte. Aunque disponía de abundante carne fresca —el resto lo habían salado entre Janice y Warlone—, el viejo era incapaz de permanecer inactivo todo el día.

De modo que, después de almorzar abundantemente, cogió su morral, los cartuchos y el rifle y abandonó la cabaña, dispuesto a regresar con alguna pieza.

Todo estaba en silencio. Warlone, sentado en un tocón, fumaba un cigarrillo. Y de pronto le pareció escuchar aquel grito.

Un chillido ahogado, pero lo suficiente para ser captado por los oídos del hombre que fumaba junto a la lumbre.

Warlone prestó mayor atención a los sonidos antes de moverse de su asiento.

¿Janice?

La joven había salido un rato antes hacia el establo adosado a la parte posterior de la cabaña, con la intención de ordeñar sus animales.

En aquel momento, resonó otro grito.

Sam se incorporó violentamente, cruzó la estancia y se precipitó a la puerta.

Lo primero que advirtió de un vistazo fue que Erdelich no se encontraba —como de costumbre— en el galpón donde estaba encerrado el *jeep*.

La sospecha surgió en la mente de Warlone.

Y en consecuencia se lanzó hacia el establo.

La puerta estaba encajada, pero Warlone la abrió de una contundente patada.

En el primer momento, no vio sino a los animales que se movían, inquietos, dentro del establo.

Rodeó el pesebre de la vaca y vio aquel bulto entre el montón de paja.

—¡¡Erdelich!! —gritó entonces estentóreamente.

El piloto se incorporó de un salto y se subió los pantalones.

Janice dejó escapar un gemido. Vacía sobre la paja. Con el rostro lleno de hematomas y el vestido desgarrado a jirones.

En cuanto vio a Warlone, la joven giró sobre sí misma e intentó

cubrir apresuradamente su desnudez.

—Así que la has violado —murmuró Sam con un destello peligroso en los ojos azules.

Erdelich dio un salíó atrás, despavorido. Y sus ojos buscaron desesperadamente algo con qué defenderse.

Y lo encontró en seguida: de un clavo colgaban varios garfios de hierro de los utilizados para mover fardos de paja.

Saltó hacia allí, en el momento en que la mujer se retiraba hacia un rincón del pesebre.

Casi tocaba los garfios con sus dedos, cuando el madero se estrelló contra su pecho y lo derribó.

Dejó escapar un aullido de dolor, pero se revolvió sobre la paja intentando incorporarse.

Warlone no se lo permitió. En dos saltos estuvo junto a él. Primero le piso una rodilla que crujió siniestramente y seguidamente le golpeó con la puntera de la bota en la mejilla arrancándole un alarido de dolor.

Mientras Janice huía sujetándose el desgarrado vestido con ambas manos, Warlone puso en pie a Erdelich aferrándole del pecho con la mano izquierda y comenzó a golpearle ciegamente.

Minutos después penetro en la cabaña. Llevaba arrastrando a Guss Erdelich, cuyo rostro estaba bañado en sangre. El piloto estaba inconsciente.

—¿Qué ha sucedido?

Warlone se volvió rápidamente y vio a Sloane en la puerta de su dormitorio.

—Oí unos sollozos —dijo el policía—. Creo que era Janice. Me asusté y me he levantado —se acercó y miró a Erdelich—. Sam, ¿quiere explicarme qué ha ocurrido?

Warlone jadeó, excitado:

—Tu piloto atacó a Janice en el establo. Intentó violarla. Creo que no llegó a conseguirlo.

Este cerdo quiso atacarme con un garfio de hierro, cuando aparecí en el establo. Le he dado lo que se merecía, eso es todo.

Sloane se mordió los labios.

—¿Cómo... cómo pudo hacer tal cosa? —murmuró con voz vibrante.

—¿Es que no advertiste que este tipo se comía a Janice con los

ojos? De todas formas, tampoco yo creí que se atreviera a... Bueno, a lo que ha hecho. Cuando se incorporó, allá en el establo, Erdelich tenía un rictus de asesino en su rostro. Estoy seguro de que me hubiera matado, si yo no hubiera sabido defenderme.

Calló. Dentro del dormitorio de Jerry se oían los apagados gemidos de Janice.

—¿Quiere registrarle? —pidió Warlone, señalando el cuerpo inmóvil de Erdelich.

—¿Para qué? —quiso saber el policía, que parecía desorientado.

—Frank, un hombre llamado Fred Berry te ofreció diez mil dólares si yo no llegaba vivo a Alamogordo, ¿no es cierto? —exclamó Sam con violencia—. Pues bien: pienso que también sobornaron a Erdelich. Y ha llegado el momento de comprobarlo. ¿Quieres registrarle? Si tú no lo haces, lo haré yo —exigió.

Tras una corta vacilación, el policía se inclinó sobre el desmayado piloto y registró los bolsillos de sus pantalones y su cazadora de cuero.

Fue poniendo en el suelo los objetos que sacó: un llavero, un destornillador, algunas monedas, un paquete de chicle, una billetera con documentos, cuarenta dólares y... un cheque al portador por valor de cinco mil dólares.

Sloane alzó la mirada hacia Warlone, que le observaba con expresión concentrada y sombría.

—¿Te convences ahora? —bramó éste—. Erdelich dijo que no tenía dinero para pagar el seguro de su avión. Pero ¿de dónde salieron estos cinco mil dólares?

—Lo ignoro —respondió el policía, íntimamente desconcertado.

—Yo te lo diré: Berry sobornó a Erdelich. Le recomendó lo mismo que a ti. Que yo no debía llegar a Alamogordo. El pánico que sentía cuando nos vimos en medio de la tormenta era fingido. Erdelich sabía lo que hacía con su avión. Sencillamente, lo dejó caer sin que sufriera personalmente ningún daño. Yo mismo podría hacer lo mismo con el Cessna de anchos planos —dejó escapar el aire y aspiró con fuerza—. Si no se arrojó al vacío dejándonos a bordo fue sencillamente porque no llevaba paracaídas.

Warlone se inclinó y recogió el cheque, que guardó en un bolsillo de su delgada chaqueta.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Sloane, sorprendido.

—Puede servir como prueba —respondió el preso ante el desconcierto del policía.

En ese momento se oyeron pisadas en el exterior y Burt Kinley penetró en la cabaña.

Al ver a Erdelich inmóvil y ensangrentado, preguntó qué había sucedido.

Warlone le dijo la verdad.

El anciano elevó su rifle e intentó matar al piloto. Pero Warlone, que esperaba esta reacción, desvió el cañón del arma súbitamente y la bala se incrustó en el piso de madera.

El estampido despertó a Jerry, que se echó a llorar, despavorido. Dentro, Janice le consoló hasta que el niño calló.

A Warlone le costó gran esfuerzo calmar a Kinley, empeñado en descerrajarle un par de tiros al piloto, que continuaba sin sentido. Por fin, el anciano se calmó cuando Frank Sloane le prometió que Erdelich recibiría su merecido.

—No podemos dejar a este tipo aquí —susurró Warlone al oído del policía—. Cada vez que le mire, Burt volverá a sentir la tentación de apretar el gatillo. Es mejor que le llevemos al galpón.

Así lo hicieron.

—Lo más prudente sería atarle —propuso Sam—. Cuando vuelva en sí, este individuo es capaz de cometer un desaguisado.

Sloane estuvo de acuerdo. Le ataron los pies con una soga y le anudaron las manos a la espalda. Tras lo cual le tendieron sobre un montón de paja y le arroparon con una manta.

Erdelich recobró el sentido cuando se marchaban. Prorrumpió en insultos y se agitó furiosamente bajo la manta. Pero en cuanto Warlone giró sobre sus talones y se acercó a él, el piloto calló como un muerto.

CAPÍTULO XIII

El viejo removi6 las ascuas del hogar y coloc6 con cuidado un par de cortos troncos a izquierda y derecha.

Warlone li6 uno de los cigarrillos que venía fumando en los últimos días, con el tabaco picado y el papel de fumar que Burt Kinley ponía a su disposición generosamente.

El viejo fumaba lentamente, sin separar el grueso cigarrillo de la comisura de sus labios.

Junto a él se sentaban Janice y su hijo Jerry, que trataba de escuchar algo en la pequeña radio cuyas pilas iban agotándose progresivamente.

A la izquierda estaba Frank Sloane, recostado en el muro, pensativo. Y cerca de él. Sam Warlone, igualmente silencioso, contemplando, inm6vil, las ascuas del hogar.

La nieve ascendía ya por encima del marco de los ventanucos. Metro y medio de nieve, exactamente.

La expresión de Jerry se anim6. Su mano izquierda apret6 el brazo de su madre y exclam6:

—¡Doce grados bajo cero! Y las carreteras... la mayoría están cortadas. ¡Y los aeropuertos... bajo mínimos! —El niño se volvi6 hacia su madre y pregunt6—: Mamá, ¿qué quiere decir «bajo mínimos»?

Su madre susurr6:

—Cállate, Jerry.

De repente, Sloane se puso en pie impetuosamente.

—¿Qué le ocurre? —Gruñ6 el viejo.

—Erdelich lleva ocho días en el galpón. La temperatura ha bajado mucho. Morirá congelado si no le traemos aquí —respondió el policía, inquieto—. La verdad, no me gustaría cargar con su

muerte, pero...

—Déjele que muera —expresó Kinley, despreocupado—. Un hombre como ése, sólo merece la muerte. ¿O es que ha olvidado lo que hizo con Janice?

—Janice..., es decir, la señora Kinley, ha confesado que... —Sloane calló súbitamente al recordar que un niño estaba presente.

—Ve a tu habitación y acuéstate, Jerry —ordenó Janice a su hijo—. Llévate la radio y duerme. Yo iré en seguida.

Cuando el niño hubo desaparecido, Sloane bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Como decía, la señora Kinley ha declarado que Erdelich no consiguió sus propósitos.

—No es que yo trate de disculpar a ese estúpido y peligroso muchacho, pero tampoco me gustaría que muriera congelado. ¿Qué opina usted, Warlone? —preguntó, dirigiéndose a Sam.

El preso tardó en responder.

—Si sigue en el galpón, es muy probable que muera congelado, pues sólo dispone de una manta —contestó, al fin—. Personalmente, no estimo a Erdelich, pero humanamente, Burt, no podemos dejarlo morir.

Kinley se puso en pie con ímpetu.

—¿Qué es lo que pretenden? ¿Que ese cochino comparta mi casa y mi comida? —gritó fuera de sí.

Sloane habló con humildad.

—Se lo ruego, señor Kinley. Yo me hago responsable de Erdelich. Le vigilaré constantemente. Por fortuna, ya puedo valerme por mí mismo. Y tengo mi revólver —pronunció. Miró alternativamente a Warlone y a Kinley e insistió—: ¿Puedo traerle aquí?

Kinley volvió la cabeza en sentido opuesto. Warlone palmeó la espalda del anciano cazador y se volvió al policía.

—Tráigalo —dijo únicamente.

Sloane tomó un farol y salió.

Tardó casi media hora en volver. Cuando llamó a la puerta, Warlone fue a retirar la tranca y permitió pasar a Erdelich, que se tambaleaba y temblaba de frío. Sloane entró en pos de él, y mientras Sam volvía a atrancar la puerta, ordenó al piloto:

—¡Siéntate ahí, en mi sitio! Y comienza a repetir lo que acabas

de decirme. ¡Que todos te oigan!

Verdaderamente, Erdelich presentaba un aspecto lamentable. Con el rostro lleno de hematomas y arañazos, manchado de sangre seca y la huella de la cuerda en las muñecas, apenas podía tenerse en pie.

Al fin, vacilante, se derrumbó sobre el asiento que había ocupado Sloane.

—¡Habla! —gritó Sloane.

—Be... Berty, Fred..., Berry me llamó por... por teléfono. Me... dijo que iban a contratarme para trasladar a... a Sam Warlone a Al... Alamogordo. Que podía ga... ganar mucho dinero si hacía ci... ciertas cosas —tiritaba sin poder contenerse; sus dientes castañeteaban. Pero poco a poco su cuerpo fue entrando en calor.

—¡Sigue! —le animó el policía, que estaba de pie a su espalda.

—Berry me ofreció cin... cinco mil dólares y aseguró que me llevaría el dinero al aeropuerto de Lo... Lordsburg. Vi... Vino, en efecto Me entregó un talón por cinco mil dólares, al portador —confesó Erdelich.

—¡Tienes que ser más explícito! —Se impacientó Sloane—. Repite exactamente lo que acabas de decirme en el galpón.

—¡Ssssí! Berry habló con medias palabras. Me dijo que Warlone era un asesino sin entrañas, pero que la gente de Lordsburg no deseaba que el preso fuera juzgado en Alamogordo, donde quizá el jurado y los jueces fueran menos severos con él. «Si no llega alla, habrás ganado tus cinco mil dólares», dijo. Y...

Calló. Y ya no dijo nada más. Dejó caer la cabeza sobre el muro y permaneció allí, tembloroso, con los ojos cerrados, totalmente desmoralizado y hundido.

Sloane arrastró un tocón y se sentó entre Erdelich y Warlone. Kinley y Janice permanecían sumamente atentos a lo que estaba sucediendo en la cabaña.

Al cabo de un instante, Sloane alzó su mano derecha y la dejó caer sobre el hombro de Warlone.

—Tenemos que hablar largo y tendido, Sam —dijo.

La expresión de Warlone se animó.

—¿De qué exactamente, Frank? —preguntó el preso.

—De todo —respondió el policía—. Quiero que me dé su propia versión de los hechos.

Me gustaría saber lo que sucedió en su hacienda a partir del día 29 de octubre.

—Las cosas no empezaron el día 29, sino tres días antes... —respondió Warlone.

* * *

Los cuatro jóvenes eran muy amables y simpáticos. Habían dejado en la mesa del despacho de Sam Warlone algunas tarjetas de visita de varios ganaderos que les recomendaban.

—Necesitamos veinte o treinta sementales selectos, señor Warlone —dijo Johnny Almeida con una sonrisa jovial, muy agradable—. Sus precios nos parecen sensatos, a mí y a mis hermanos, que pensamos levantar una gran hacienda ganadera más allá de Tularosa. Ildefonso, mi hermano mayor, está dispuesto a entregarle una cantidad, como señal. Tres mil dólares... ¿le parece suficiente?

Warlone asintió, complacido. Precisamente, lo que le sobraban eran sementales.

Espléndidos toros cruzados, mixtos de la raza autóctona y carísimos sementales de Inglaterra e Irlanda. Por tanto, el negocio que le proponían los hermanos Almeida le convenía, indiscutiblemente.

En cuanto a la cantidad que fijaban como señal, también le pareció adecuada.

—Queremos ver los toros sin prisas, señor Warlone —insistió el moreno y gallardo Johnny Almeida—. Hoy es demasiado tarde y mañana y pasado estaremos en Las Cruces, contratando personal para nuestro nuevo rancho. El sábado nos vendría bien. ¿Tiene inconveniente en que volvamos el sábado por la tarde?

—Ninguno —respondió Warlone, amablemente—. Yo apenas salgo de aquí, ni me relaciono con los vecinos. Vengan el sábado. Yo les tendré encerrados en los corrales algunos de mis mejores toros. Pero ustedes pueden escoger.

—Espléndido —manifestó el más comunicativo de los Almeida—. Dame el dinero, Ildefonso.

Ildefonso Almeida dejó sobre la mesa de Warlone tres mil dólares. El dueño de la hacienda les extendió un recibo y recogió el

dinero. Después les invitó a una copa.

—Tiene una hermosa hacienda, señor Warlone —estimó Johnny Almeida, que era el que llevaba la voz cantante—. ¿Le importaría mostrárnosla?

—Por supuesto que no —respondió el anfitrión—. Vengan conmigo, por favor.

Les guió a través de las distintas dependencias de la casa. Marina Herrera estaba en la cocina e inclinó cortésmente la cabeza ante los visitantes. Junto a ellas estaban sus hijas, Juanita y Petra, ayudándole en las labores culinarias.

Almeida hizo un comentario sobre la belleza de aquellas muchachas. Pero en seguida salieron de allí y fueron a los establos, donde Lucio Herrera estaba atendiendo el ganado.

Le ayudaba su hijo Panchito, de diez años.

Los Almeida alabaron repetidamente la magnífica organización del rancho y Warlone les orientó de nuevo a su despacho, donde abrió una nueva botella de vino para invitarles.

Fumaron unos cigarrillos y bebieron. Los hermanos de Johnny no parecían tan comunicativos como él y se limitaban a asentir cuando su hermano decía algo. Pero ¿qué importaba? Parecían buena gente, ganaderos que iban a instalar un gran negocio allá por los valles desérticos de Tularosa.

Cuando los Almeida se despedían. Johnny hizo hincapié en que volverían al sábado para escoger el ganado que querían comprar a Warlone.

—Si tiene alguna duda respecto a nosotros, llame por teléfono al Southwest Bank, en Lordsburg —se despidieron—. Le dirán que tenemos cuenta corriente allí.

Como habían prometido, los hermanos Almeida volvieron a la hacienda Warlone el sábado siguiente, hacia las seis de la tarde.

Más que seleccionar el ganado, parecían demostrar un interés mucho más intenso por probar de nuevo el vino de Sam Warlone.

—¡Ah, usted es un hombre afortunado, señor Warlone! —exclamó Johnny, tras probar un trozo del asado que la señora Herrera acababa de servirles—. Soltero, independiente, propietario de una pequeña pero floreciente propiedad... Y además tiene esa familia, los Herrera, que le sirven admirablemente. ¡Feliz usted!

—No puedo quejarme —respondió el anfitrión, amablemente.

Johnny buscó en su cigarrera, pero estaba vacía. Advirtiéndolo, Warlone se disculpó y fue por una caja de virginianos.

Cuando volvió, los Almeida habían llenado las copas y parecían muy satisfechos.

—Bebamos —propuso Johnny—. ¡Por la amistad y los negocios...!

Warlone tomó su vaso y bebió. Le pareció que tenía un regusto extraño, pero no se atrevió por cortesía a renunciar al segundo vaso, y al tercero, y al cuarto...

Diez minutos después, sus piernas se doblaban y apenas tenía conciencia de lo que estaba sucediendo. Completamente beodo, mareado hasta las heces, sintió que le tomaban en brazos y le llevaban a alguna parte. Luego perdió el conocimiento.

Algún tiempo después volvió en sí. Alguien le estaba zarandeando brutalmente. Abrió los ojos y vio a los cuatro hombres que le miraban acusadoramente. Eran el *sheriff* de Lordsburg, Ted Cardiff, y cuatro de sus policías, que en seguida le arrastraron violentamente. No pudo ir muy lejos, porque su pie derecho sangraba abundantemente.

Los policías le guiaron hasta el coche y se lo llevaron de allí.

* * *

Sloane carraspeó y escrutó las facciones de Warlone.

—Pero hay algo más, Sam. Esos tipos, los hermanos Almeida, debieron ser enviados por alguien —sugirió el policía.

Sam dio la última chupada a su cigarrillo y lo arrojó a las ascuas.

—Pero... ¿aún no lo has entendido, Frank? ¡Detrás de esos asesinos está Olney Vaillant! —gritó, enojado—. ¡Fue él quien pagó a esos tipos, quien quería vengarse de mí!

—¿Por qué? —instó Sloane sin darle tiempo a recobrase.

—Ésa es otra historia. Hace tres años yo era piloto de la empresa Balloney Air Lines. Mi servicio era en San Francisco-Las Vegas-Tucson-Albuquerque —relató Warlone con voz lejana y desganada—. Pilotaba un viejo cuatrimotor a turbohélice que llevaba doce años en servicio. Un aparato para la chatarra, que ofrecía el mínimo de seguridad. Continuamente me quejaba a los servicios de

mantenimiento, pero ellos respondían que lo único que importaba es que los cinco o seis pilotos de servicio evitáramos el siniestro...

Janice, Kinley y Sloane seguían el relato con todo interés. Incluso el indiferente Guss Erdelich parecía prendido de las palabras de Warlone.

—En uno de los vuelos, la esposa de Olney Vaillant subió a mi avión en San Francisco.

Acaba de salir de una clínica, donde había luchado contra la muerte por espacio de varios meses —prosiguió Sam—. Volando sobre el Roosevelt Lake, en Arizona, se desprendieron los flaps del ala derecha. El avión se inclinó en tal sentido y cayó en barrena. No sé cómo conseguí dominarlo, pero logré amerizar sobre el lago. Yo mismo ayudé a la mayoría de los pasajeros a colocarse los salvavidas y a saltar al lago. Pero nada podía hacerse por Florence Vaillant: había fallecido en su asiento de un síncope cardíaco. Fue la única víctima.

Warlone calló, pero Sloane le pidió con gran ansiedad que continuara.

—Fuimos trasladados inmediatamente a la ciudad de Tucson. A las pocas horas llegó Olney Vaillant, con su hija, Patty, que había fletado un avión en Lordsburg y se hizo trasladar sin pérdida de tiempo al Hospital Central de Tucson. Estábamos en el vestíbulo, cuando Vaillant comenzó a despotricar. Había allí varias cámaras de televisión y quería hacerse oír. Me estaba acusando abiertamente. «¡El piloto es culpable, por negligencia!», gritó como un energúmeno...

—¿Y...?

—Me abrí paso a codazos y me enfrenté con Vaillant. Le dije todo lo que tenía que decirle, precisamente ante las cámaras y las docenas de micrófonos. Le dije que él era el verdadero culpable, puesto que las acciones de la Balloney le pertenecían en mayoría.

Explicué con curiosidad el funciona miento de la compañía, el material inservible, peligroso, los cuantiosos beneficios, la negligencia culpable de los altos cargos de la empresa, que jamás tomaban en cuenta los consejos y reclamaciones de pilotos, mecánicos y técnicos.

Según Warlone, Vaillant perdió los nervios y se abalanzó sobre él, dispuesto a estrangularlo. La policía hubo de intervenir para

separarlos.

—Pero él, obcecado, seguía pensando que yo era el único culpable... ¡y el avión se había desarmado en pedazos, en pleno vuelo! —exclamó Warlone—. Esa misma noche, recibí una llamada telefónica en mi habitación del hotel. Era Olney Vaillant. Me pidió respetuosamente que quería entrevistarse al día siguiente conmigo. Le dije que sí. Nos vimos en el parque. Y dijo: «Warlone, mi mujer murió por su culpa y yo descansaré hasta que usted pague. Podría matarle ahora mismo», y me encañonó con un revólver. «Pero no lo haré. Un hombre como yo no puede convertirse en un asesino a los ojos de la opinión pública. Pero sepa que a partir de ahora está marcado con la marca Vaillant. Le hundiré, le arruinaré y después lo aniquilaré».

Warlone le dio la espalda y se separó de él.

—Por unos segundos, temí que me disparara por la espalda, pero no fue así —relató Sam, con amargura—. Sin embargo, su *venganza* comenzó poco después. A pesar que yo era evidentemente inocente, fui despedido de la Balloney. Naturalmente, tuvieron que entregarme una considerable cantidad de dinero en concepto de indemnización. Pero no encontré un puesto como piloto en ninguna empresa de aviación: Olney Vaillant me había puesto en las «listas negras». Entonces decidí comprar unas tierras al sur de Lordsburg y dedicarme a la cría de ganado. Quería estar lejos de todos y de todo. El resto. —Warlone miró fijamente a Frank Sloane—, tú lo conoces perfectamente.

Y se sumió en el silencio. No volvió a hablar en el resto de la noche.

EPÍLOGO

Llevaban catorce días encerrados en la cabaña, pero ya se anunciaba un cambio en el tiempo. Aquella mañana lucía el sol y la nieve comenzaba a deshelarse.

—Sé que tiene usted las bujías, señor Kinley —dijo Sloane de repente—. Déselas a Sam.

Voy a dejarle marchar.

El anciano abrió el armario, volcó un puchero y puso un nuevo juego de bujías en las manos de Sam Warlone.

—¿Qué significa esto? —preguntó Janice Kinley, estupefacta.

—Creo que Warlone es inocente. Permitiré que escape. Ya me explicaré ante mis jefes como Dios me dé a entender —replicó Sloane. Y miró fijamente al hombretón que tenía enfrente.

—¡Pero eso es una cobardía! —protestó Janice, acaloradamente—. Si este hombre es inocente, lo que usted tendría que hacer es demostrarlo. Warlone le ha puesto todo en bandeja de plata: ¿No es cierto que Fred Berry intentó sobornarle a usted? ¡Ésa es una prueba! Y además tiene el talón que Erdelich llevaba en el bolsillo. Warlone se lo explicó: basta ponerlo en manos de la policía federal. Ellos localizarán el nombre a quien corresponde el número de cuenta corriente. Además... tiene a Erdelich. Nosotros somos testigos de su declaración. Y prestaremos testimonio allá donde usted diga. ¿Por qué duda?

Sloane apretó los labios.

—Vaillant es demasiado rico y poderoso. Pero, además...

—Frank está enamorado de Patty, la hija de Vaillant —completó San Warlone.

Se produjo una pausa. Luego Frank Sloane salió rápidamente de la cabaña y corrió hacia el galpón, donde Erdelich seguía aún

buscando las bujías extraviadas.

Warlone salió en pos de él. Kinley. Janice y Jerry vieron minutos después, como los tres hombres empujaban el *jeep* sobre la tierra nevada. Al cabo, una columna de humo azul brotó del tubo de escape del vehículo.

Sam Warlone volvió, muy excitado, a la cabaña.

—¡Dispónganlo todo! —dijo—. Frank quiere que le acompañemos a Santa Adelita.

* * *

Fueron cuatro días terribles. A Janice no le permitían ver a Sam, ni nadie les transmitía la menor noticia esperanzadora. Hasta que a principios de diciembre, la policía mexicana detuvo en Ciudad Juárez a los cuatro hermanos Almeida. Una orden de extradición fue aceptada por el presidente de la República y los Almeida llegaron a Lordsburg el día dos.

Sloane había conseguido convencer a Cardiff y éste se había puesto en contacto con la policía mexicana antes de que llegara la petición de extradición de los cuatro delincuentes. Así se pudo comprobar que los Almeida habían depositado en distintos bancos un total de treinta y cinco mil dólares. Uno de ellos había enviado a la tintorería un pantalón manchado en sangre.

Los Almeida confesaron pocas horas después. Al cabo, Ted Cardiff tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Señor Vaillant? Siento tener que comunicarle estas noticias, señor. Pero la policía federal le está aguardando en mis oficinas. Tienen que someterle a interrogatorio por el asesinato de los cinco miembros de la familia Herrera —anuncio Cardiff.

Vaillant prometió con voz serena que se ponía en camino. Luego cogió una de sus maravillosas escopetas, apoyó el cañón bajo su mentón y apretó el gatillo...

Sam Warlone fue puesto en libertad esa misma tarde y unos días después...

Un potente automóvil todoterreno escaló lentamente el camino forestal y se detuvo finalmente ante la cabaña de Burt. Del coche descendieron alegremente Jerry, Janice, el veterano Burt y su nuera, Janice. Los cuatro parecían muy felices y satisfechos.

Sam había vendido su hacienda de Lordsburg en condiciones ventajosas y había invertido parte del dinero en algunas cosas muy útiles: un grupo electrógeno, una motosierra, un pequeño tractor y varios equipos de herramientas, amén de varios cajones que contenían víveres y material eléctrico.

—¡El trineo! —exclamó Jerry, lleno de ansiedad.

Pero Janice intentó calmarlo:

—Jerry, hijo, el trineo hay que armarlo, acoplarle el motor... y todo eso lleva tiempo.

Sam... Es decir, el señor Warlone, tendría que invertir muchas horas en ese trabajo. Pero todo llegara, ten paciencia.

Mientras Sam y Kinley comenzaban a descargar el gran coche todoterreno, Jerry se quedó mirando a su madre con una expresión perpleja.

—Lo que no comprendo es por qué llamas a Sam «señor Warlone» cuando te has pasado todo el viaje besándole en la boca —comentó el muchacho, estupefacto.

Janice disimuló su turbación como pudo y fue a ayudar a los hombres, que acarreaban penosamente la pesada carga hacia el galpón.

Al cabo de un rato, los hombres se tomaron un respiro.

—Sam, ¿está seguro de que no se arrepentirá? —preguntó Kinley a Warlone—. Por mi parte, le acepto de mil amores, pero ¿no le pesará la soledad de la montaña?

—No lo creo —respondió el hombrón, dirigiendo una intensa mirada a Janice Kinley, que estaba pendiente de él a dos pasos de distancia—. He sido médico, piloto y... presidiario. Ahora siento la tentación de convertirme en un rico maderero. Mañana bajaremos a Santa Adelita y nos entrevistaremos con Glan Trevis... ¿Dice que Trevis quería vender docenas de acres de bosque? Seguro que le interesará una oferta. Y fíjate: grupo electrógeno, herramientas a motor, tractor para acarrear los troncos... ¡Y caza, vida sencilla! Y sobre todo... una familia.

Janice y Sam se habían casado en Lordsburg. Ella no lo había exigido pero Warlone se empeñó en ello y en el juzgado, Jerry fue adoptado por Sam Warlone.

El viejo no deseaba más. Jerry estaba encantado. En cuanto a Janice y Sam... Sólo esperaban que llegara la noche.

Quizá podrían escuchar los nostálgicos aullidos de los lobos.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...